

EVANGELIO 2024

El Evangelio de cada día comentado por

José Fernando Rey Ballesteros



COBEL EDICIONES

INTRODUCCIÓN

No dejes que se te escapen los días. Mira que los tuyos están contados y, si permites que se esfumen, ni sabrás a dónde han ido, ni podrás recuperarlos. Por eso, deja que la palabra de Dios los atrape, uno a uno, y los convierta en días de cielo, en vida eterna. Porque un día empapado en la palabra de Dios es un día de Cristo, una jornada ganada para su gloria.

Aquí te dejo otros trescientos sesenta y cinco comentarios al Evangelio. Más uno. Que 2024 es bisiesto. El propósito con que te los entrego es que puedan ayudarte a desentrañar la palabra que Dios, cada día, te dirige en el evangelio de la santa Misa. Que puedan ser un auxilio para tu oración personal, para tu escucha, y para la respuesta con que agradezcas al Señor que ilumine tu jornada.

Son fruto de la oración. Es la mía, claro, pero tampoco somos tan distintos. Si a mí me ayudan tanto las confidencias de almas que me muestran su diálogo con Dios, también confío en que puedan ayudarte a ti las luces que el Señor me regala cada día. Que nadie enciende una luz para ponerla debajo del celemín.

ENERO

1 de enero

(Santa María Madre de Dios)

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 2, 16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo hacia Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño.

Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto; conforme a lo que se les había dicho.

Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Grandeza y pequeñez de todo un Dios

En el año 431 tuvo lugar el Concilio de Éfeso, en el que se proclamó a María Madre de Dios. Fue la respuesta a la herejía de Nestorio, a quien le escandalizaba que una mujer pudiera alcanzar semejante dignidad.

Pero Nestorio se equivocaba en su escándalo. Lo realmente asombroso no es que una criatura hubiera resultado tan ensalzada, sino que Dios se haya abajado tantísimo por Amor.

La grandeza de Dios hace temblar. Su poder, por el que creó todo de la nada; la majestad con que abrió las aguas del Mar Rojo ante los hebreos; la voz divina que reventaba los tímpanos en

el Sinaí... ¿Cómo podría un hombre acercarse a semejante grandeza sin caer fulminado? Nadie puede ver a Dios sin morir.

La pequeñez de Dios, sin embargo, hace llorar. Y así lloraba la Virgen, emocionada mientras *conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*. Veía al Dios del Sinaí convertido en niño y temblando de frío, entregado a sus brazos en busca de cariño y protección. Lo ves tú, lo veo yo, humillado en la Hostia y entregado a nosotros en alimento. ¡Pero cómo, Dios mío, has podido caer tan bajo! ¿Tanto nos amas? ¿Y no lloramos?

2 de enero

Santos Basilio y Gregorio

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1, 19-28

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a que le preguntaran:

«¿Tú quién eres?».

Él confesó y no negó; confesó:

«Yo no soy el Mesías». Le preguntaron:

«¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?».

Él dijo: «No lo soy».

«¿Eres tú el Profeta?».

Respondió: «No».

Y le dijeron:

«¿Quién eres, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?».

El contestó:

«Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías».

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron:

«Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?».

Juan les respondió:

«Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Un pozo sin fondo

Hoy, mientras contemplamos al Niño Dios, todas las criaturas, como haciendo un coro, y rendidas ante el Misterio, se unen a la voz de Juan y proclaman:

Yo no soy el Mesías... No lo soy... No... En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Escucha esas voces, y no lo olvides nunca: No nos salvará criatura alguna.

Deja de buscar salvación en el afecto de los hombres, o en el dinero, o en el trabajo, porque nada de eso puede llenar tu corazón.

Hay uno que no conocéis. Míralo bien. A las criaturas ya las conoces: las has sondeado hasta agotarlas, y al final has alcanzado el aburrimiento, porque nada hay nuevo bajo el sol. Pero a Él, después de tantos años mirándolo, después de tantas horas de oración, después de haber leído

ABRIL

1 de abril
(Lunes de Pascua)

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 28, 8-15

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos.

De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos».

Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles:

«Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros». Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

El resucitado impaciente

Uno pensaría que no es propio de Dios cambiar de opinión. Aristóteles tendría por absurdo que quien es acto puro y motor inmóvil estuviese sometido a mutación. Pero todo cambia desde que ese Dios se hace hombre. Su naturaleza humana está sometida a todos los vaivenes de la nuestra. Y esa naturaleza humana, ya resucitada y gloriosa, sigue experimentando las emociones que experimentamos nosotros, y que nos mueven a cambiar planes y romper expectativas.

Toda esta digresión filosófica aterriza en la primera aparición de Cristo resucitado a las mujeres. Su primer anuncio es: *Id a*

comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán. Por tanto, el plan previsto requiere de un viaje de tres días, por parte de los apóstoles, al encuentro del Señor. Pero... ¿tres días? Jesús no puede esperar tanto, está demasiado alegre, tiene demasiada prisa por encontrar a los suyos. Y ese mismo día, allí, en Judea, sin aguardar a que los apóstoles emprendan viaje, se aparece a los de Emaús, a Simón y, por la noche, en el Cenáculo, a los Doce. Es un resucitado impaciente.

Tanto mejor para nosotros. A poco que hagamos por buscarlo, lo hallaremos. Él ya nos está buscando.

2 de abril
(Martes de Pascua)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan:

«Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta:

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice:

«Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!».

Ella se vuelve y le dice:

«¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!».

Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y díles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María Magdalena fue y anunció a los discípulos:

«He visto al Señor y ha dicho esto».

Menudo galimatías

Es difícil que el lenguaje humano pueda expresar con exactitud los gozos de la gloria celeste. Jesús resucitado juega con las palabras, les da vueltas, las hace girar en aparentes contradicciones hasta que reflejan destellos de luz. ¿Entendió María Magdalena lo que Cristo le estaba diciendo?

Todavía no he subido al Padre... Subo a al Padre. ¿En qué quedamos? ¿No has subido ahora, pero subirás después? No, no puede ser. Cristo habla ya desde el otro lado, desde la eternidad en la que ha ingresado corporalmente. Ya ha subido y, sin embargo, está aquí abajo,

junto a María. Ambas afirmaciones son ciertas. Está en el Padre y se muestra aquí. Pero, mientras se muestra, sube; todo en Él apunta hacia lo alto, hacia el cielo. Lo entendió muy bien san Pablo. Quien ha conocido a Cristo ya no puede sino aspirar a los bienes celestes (cf. Col 3, 1), vive precipitado hacia lo alto.

No me retengas... Inútil querer retenerlo aquí, se está yendo, se escapa como el cervatillo. María quiere atarlo al suelo, pero es como atar un cohete. También Eliseo quiso retener a Elías y no pudo. Le quedó su manto. Y, a nosotros, el Espíritu de Cristo.

2 de junio

(El santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo –Ciclo B–)

JUNIO

1 de junio

(Sábado de la 8ª semana del Tiempo Ordinario) – San Justino

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 11, 27-33

En aquel tiempo, Jesús y los discípulos volvieron a Jerusalén y, mientras paseaba por el templo, se le acercaron los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos y le preguntaron:

«¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado semejante autoridad?». Jesús les respondió:

«Os voy a hacer una pregunta y, si me contestáis, os diré con qué autoridad hago esto: El bautismo de Juan ¿era cosa de Dios o de los hombres? Contestadme». Se pusieron a deliberar:

«Si decimos que es de Dios, dirá: “¿Y por qué no le habéis creído?” Pero como digamos que es de los hombres ... ». (Temían a la gente, porque todo el mundo estaba convencido de que Juan era un profeta).

Y respondieron a Jesús:

«No sabemos». Jesús les replicó:

«Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto».

... Pero tenemos miedo

La autoridad de Jesús es misteriosa. No se la ha dado nadie de este mundo, sino su Padre, que está en los Cielos. *Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto...* No revela el Señor el origen de esa prerrogativa, porque se encuentra en el misterio de Dios.

A nosotros, los cristianos, se nos ha dado la misma autoridad. El propio Jesús la ha puesto en nuestras manos, de modo que, cuando pronunciamos palabras venidas del Cielo, debemos hablar al mundo con la autoridad de Dios. Somos pecadores, unos pobres vasos de barro. Pero llevamos en nosotros una palabra capaz de hacer temblar a los astros. Y

debemos proclamarla con orgullo.

Pienso en tantas personas que, hoy día, parecen pedir perdón por ser cristianos. En muchos que callan, y guardan su religiosidad en secreto, como si se tratara de un delito. En otros que dan testimonio de su fe, pero lo hacen como si solicitaran a los demás permiso para no ser modernos, y se acogieran a su indulgencia.

Mientras tanto, los enemigos de Cristo vocean y campan a sus anchas, presumiendo de sus blasfemias y de su aversión a lo religioso.

No hablamos con autoridad. Hablamos con miedo.

Lectura del santo evangelio según san Marcos 14, 12-16. 22-26

El primer día de los Ácimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:

«¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?». Él envió a dos discípulos, diciéndoles:

«Id a la ciudad, os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: “El Maestro pregunta: ¿Cuál es la habitación donde voy a comer la Pascua con mis discípulos?” Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, acondicionada y dispuesta. Preparádnosla allí»

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la Pascua.

Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo.»

Después, tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron.

Y les dijo:

«Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos. En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios».

Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos.

Lo que nadie hubiera podido imaginar

Cuando los discípulos preguntaron a Jesús: *¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?* no sospechaban que el alimento de esa cena sería el propio Jesús.

Tomad, esto es mi cuerpo.

Nadie hubiera podido imaginar a un Dios entregado en alimento a sus criaturas. Muchos pueblos ofrecían a sus dioses sacrificios de comunión,

en los que la víctima era devorada por el pueblo. Eso no era nuevo. Pero hoy sabemos que era la intuición poderosa de lo insospechado: un Dios ofrecido en sacrificio y devorado por sus criaturas para transformar en santos a los pecadores.

Por eso creo en la Biblia; no existe otro libro como ése. La armonía que reina entre sus páginas hace su escritura

JULIO

1 de julio

(Lunes de la 13ª semana del Tiempo Ordinario) – San Aarón

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 8, 18-22

En aquel tiempo, viendo Jesús que lo rodeaba mucha gente, dio orden de cruzar a la otra orilla. Se le acercó un escriba y le dijo:

«Maestro, te seguiré adonde vayas».

Jesús le respondió:

«Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza».

Otro, que era de los discípulo, le dijo:

«Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre».

Jesús le replicó:

«Tú, sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos».

Almohadas

No viajo mucho; la labor en la parroquia no me lo permite. Quizá por eso, cuando salgo de ejercicios, o de peregrinación con mis feligreses, suelo dormir mal. Echo de menos mi almohada. Alguien me sugirió que podría llevar la almohada conmigo, pero me parece «demasié». Prefiero dormir mal.

Las zorras tienen madriguera y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza. Durante su vida pública, Jesús no tuvo lo que yo tengo: su almohada. Dormía donde le dejaban y, si no le dejaban, dormía en el suelo. Como para que yo saque la viscoelástica de viaje. ¡Venga ya!

Antes de la vida pública, Jesús sí tuvo dónde reclinar la cabeza: en el hombro de la Virgen, que es la mejor almohada. Tras la muerte de san José, quizá fue la única criatura en quien Cristo pudo descansar. Pero, tras recibir el bautismo de Juan, Jesús tendrá que esperar tres años para tener almohada propia, y esa almohada será la Cruz, donde inclinará la cabeza mientras entrega el Espíritu.

No nos quejemos. Nosotros tenemos dos almohadas: la Virgen, y el propio Jesús, en quien Juan reclinó la cabeza. Ambos velan nuestro sueño mientras dormimos.

2 de julio

(Martes de la 13ª semana del Tiempo Ordinario) – San Proceso

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 8, 23-27

En aquel tiempo, subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron.

En esto se produjo una tempestad tan fuerte, que la barca desaparecía entre las olas; él dormía. Se acercaron y lo despertaron gritándole:

«¡Señor, sálvanos, que perecemos!». Él les dijo:

«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?».

Se puso en pie, increpó a los vientos y al lago, y vino una gran calma. Los hombres se decían asombrados: - «¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar lo obedecen?».

Un mal despertar

Con razón estaba escrito: *No despertéis, no desveléis al Amor, hasta que le plazca (Ct 2, 7)*. Está claro que Jesús no tiene un buen despertar. Lo sacan del sueño a gritos los apóstoles, angustiados a causa de la tormenta y temerosos al ver la barca cubierta por las olas, y el Señor se despierta con un humor bastante mejorable:

¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?

Pedir ayuda a alguien cuando estás angustiado, y que esa persona encima te abronque no sienta especialmente bien. Pero merecido lo tenían. Además, les salió a cuenta, porque el mal despertar

del Señor no lo pagó sólo con ellos: abroncó también al viento y a las olas, que quedaron mudos de espanto. Me he acordado de un salmo: *El Señor se despertó como de un sueño, como un soldado vencido por el vino: hirió al enemigo en la espalda, infligiéndole una derrota perdurable (Sal 78, 65-66)*.

Escribo en tono de humor, pero no miento. Jesús recriminó a los apóstoles su falta de fe, porque quien tiene al Señor con él nada debe temer, aunque Jesús vaya dormido. Lo que realmente debemos temer es al pecado, que expulsa a Jesús de nuestra barca.

3 de julio

(Santo Tomás, apóstol)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 20, 24-29

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

4 de julio

(Jueves de la 13ª semana del Tiempo Ordinario)
Santa Isabel de Portugal

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 9, 1-8

En aquel tiempo, subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. En eso le presentaron un paralítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico:

«¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados». Algunos de los escribas se dijeron: «Este blasfema».

Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo:

«¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate- y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados - entonces dice al paralítico -: “Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa”». Se puso en pie, y se fue a su casa.

Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.

Nos hemos confundido de tragedia

Está claro que las tragedias del Señor no son las nuestras. No sería grave, si el Señor no fuese Dios. Pero, si el Señor es Dios, eso significa que nos equivocamos de tragedias continuamente. Enferma gravemente un familiar y, para evitar la «tragedia», rezamos pidiendo que se cure. Pero, entre rezo y rezo, ni siquiera le invitamos a que reciba la santa Unción. Vemos a un pobre, y pensamos más en su estómago que en su alma. «Dale de comer primero, y ya le hablarás de Dios después. No puedes evangelizar a quien tiene el estómago vacío». Y ni siquiera reparamos en que Jesús reservó su bienaventuranza para los pobres y los

hambrientos.

¡Ánimo, hijo!, tus pecados te son perdonados. Los hombres creían que la principal tragedia del enfermo era su parálisis. Jesús sabía que su verdadera tragedia era su pecado. No dio pan primero y Dios después, sino que se apresuró a sanar el alma y, sólo entonces, se fijó en la parálisis de sus piernas para curarla también.

Estamos ciegos porque la televisión ha quemado nuestros ojos. Y no hay más tragedia que la que anuncian las pantallas. Pero hace mucho que las cámaras dejaron de buscar almas.

«Hemos visto al Señor».

Pero él les contestó:

«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

«Paz a vosotros».

Luego dijo a Tomás:

«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás:

«¿Señor mío y Dios mío!».

Jesús le dijo:

«¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto».

Lo que vio Tomás

Pensaba Jesús en nosotros, en ti y en mí, cuando dijo a Tomás: *¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto.* En nosotros pensaba Pedro, cuando escribió: *Sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis (1Pe 1, 8).*

Ahí te dejo un trabalenguas: *Bienaventurados los que crean sin haber visto* significa «Bienaventurados los que vean lo que vio Tomás, sin ver lo que vio Tomás».

Te lo descifro: Tomás vio, con sus ojos de carne, el cuerpo de carne, resucitado, del Salvador. Vio sus llagas,

vio sus manos, contempló, abierto, su costado... Nada de eso lo vemos nosotros cuando miramos a la sagrada Hostia.

Y, viendo con sus ojos de carne el cuerpo del Salvador, Tomás vio, por la fe, al Hijo de Dios vivo. Por eso exclamó, sobrecogido: *¡Señor mío y Dios mío!*

Lo mismo exclamamos, tú y yo, cada vez que el sacerdote alza la sagrada Hostia. Dichosos nosotros, si, en ese momento, aun cuando nuestros ojos de carne no vean sino apariencia de pan, vemos tras esa humilde apariencia, por la fe, al Hijo de Dios vivo con su cuerpo, sangre, alma y divinidad.

5 de julio

(Viernes de la 13ª semana del Tiempo Ordinario)

San Antonio M^a Zaccaria

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 9, 9-13

En aquel tiempo, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo:

«Sígueme».

Él se levantó y lo siguió.

Y estando en la casa, sentado en la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos.

Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos:

«¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y dijo:

«No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificio": que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores».

La Misa: misericordia y sacrificio

A primera vista, parece una contradicción. A segunda vista, es una maravilla.

Aprended lo que significa «Misericordia quiero y no sacrificio». Pero lo más grande que le entregamos diariamente al Señor, la ofrenda suprema capaz de redimir todo pecado, no es otra que el Santo Sacrificio, la Misa. ¿Entonces?

Entonces es que todos los sacrificios de la Ley antigua provenían de la justicia y –por decirlo así– del mercado. El hombre sabía que había pecado y pretendía pagar su culpa ofreciendo sacrificios en tal número que lograran expiar la ofensa perpetrada. Sin embargo, todas aquellas ofrendas eran inútiles. Ni todas las vidas

de todos los hombres hubieran podido satisfacer por un solo pecado venial, ofensa al Dios de suprema majestad.

La Misa, que es renovación de la Pasión de Cristo, es el único sacrificio que procede de la misericordia. A nosotros, que no hubiéramos podido pagar jamás por nuestras culpas, Dios nos miró con misericordia, y puso en nuestras manos a su propio Hijo, la ofrenda de amor cuya infinita dignidad es capaz de limpiar todo pecado y satisfacer por toda culpa.

Tus sacrificios, por si solos, nada valen. Súbelos a la patena, y con ellos redimirás a todo hombre.

6 de julio

(Sábado de la 13ª semana del Tiempo Ordinario)

Santa María Goretti

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 9, 14-17

En aquel tiempo, los discípulos de Juan se acercan a Jesús, preguntándole: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?» Jesús les dijo:

«¿Es que pueden guardar luto los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos?

Llegará días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán.

Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor.

Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres; se derrama el vino y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se conservan».

Odres nuevos para el nuevo vino

Leídas en sábado, las palabras con que el Señor se refiere al vino nuevo son especialmente evocadoras:

El vino nuevo se echa en odres nuevos y así las dos cosas se conservan. Nuevo era el sepulcro donde José de Arimatea enterró al Señor. De algún modo, nuestros sábados discurren en torno a ese sepulcro, que fue el odre en el que reposó el nuevo vino y del que brotó, abiertas sus llagas, dos días después. Así se ha conservado el vino, sentado a la derecha del Padre, y también el odre, centro de peregrinación, dos mil años después, de millones de personas. Nosotros nos recogemos en oración

silenciosa tras la piedra, mientras el vino es macerado. Y no estamos solos. Allí, cada sábado, nos acompaña María.

El vino nuevo se echa en odres nuevos y así las dos cosas se conservan. Odre nuevo fue el vientre de la santísima Virgen, donde el Espíritu depositó el vino nuevo cuyo adelanto propició la Madre en las bodas de Caná. Ese odre es hoy conservado, íntegro, en el Cielo, junto a su hijo.

Odres nuevos seremos nosotros si comulgamos en gracia y bien preparados. Será la Hostia, en nuestros cuerpos, prenda de inmortalidad.

7 de julio

(14º domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 6, 1-6

En aquel tiempo, Jesús se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada:

«¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?». Y se escandalizaban a cuenta de él.

Les decía:

«No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa».

No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe.

Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

Una palabra maldita

La lectura de aquella visita de Jesús a su pueblo produce una inmensa lástima. Vivían allí todos sus familiares y amigos. Nazaret debería haber sido hogar para Jesús. Sin embargo...

¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón?

De todas esas palabras, la que usan para referirse al Señor me parece la más dolorosa: *éste*. Cuando en un lugar donde has vivido toda tu vida te llaman *éste*, algo se ha corrompido hasta la fetidez. Aquellas personas habían

perdido su capacidad de asombro ante el Hijo de Dios. Así no hay salvación posible, porque la salvación es fruto de un amor nacido del asombro.

Pienso en nosotros. Si sólo pudiéramos participar en una misa a lo largo de la vida, ¿cómo lo haríamos? ¿Legaríamos tarde? ¿Iríamos vestidos de cualquier manera? ¿Llevaríamos el teléfono móvil encendido? ¿Nos marcharíamos corriendo de allí al terminar? ¿Comulgaríamos sin haber confesado?

Cada vez que veo a alguien vestido de veraneante playero en la misa del domingo resuena en mi interior una palabra maldita: *éste*.

8 de julio

(Lunes de la 14ª semana del Tiempo Ordinario) – Beato Eugenio III

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 9, 18-26

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba, se acercó un jefe de los judíos que se arrodilló ante él y le dijo:

«Mi hija acaba de morir. Pero ven tú, impón tu mano sobre ella y vivirá».

Jesús se levantó y lo siguió con sus discípulos.

Entre tanto, una mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del manto, pensando que con solo tocarle el manto se curaría.

Jesús se volvió y, al verla, le dijo:

«¡Animo, hija! Tu fe te ha curado».

Y en aquel momento quedó curada la mujer.

Jesús llegó a casa de aquel jefe y, al ver a los flautistas y el alboroto de la gente, dijo: «¡Retiraos! La niña no está muerta, está dormida».

Se reían de él.

Cuando echaron a la gente, entró él, cogió a la niña de la mano, y ella se levantó.

La noticia se divulgó por toda aquella comarca.

Las manos de Cristo

Las manos no nos sirven sólo para coger cosas. Las manos de hombre están llenas de elocuencia. Con ellas acariciamos, abrazamos, enfatizamos nuestras palabras... Con las manos bendecimos los sacerdotes. Sin hablar, saben decir más que muchos discursos.

Entró él, cogió a la niña de la mano y ella se levantó. Imagina el cariño que habría en esa mano de Jesús. Imagina la ternura de esos dedos al tomar los de la pequeña. Y date cuenta de que ese cariño es Amor de Dios, Espíritu divino derramado a través de las manos del Salvador. Miguel Ángel pintó a Yahweh

tocando con su dedo el dedo de Adán y llenándolo de vida. Pero Yahweh no tenía dedo, hasta que su Hijo se encarnó, se revistió de manos y, empapándolas en afecto manado de su sacratísimo Corazón, lo vertió sobre una niña muerta que despertó al Amor. Ahí tienes la recreación del hombre tras el pecado.

No podremos, en esta vida, tocar esas dulcísimas manos. Pero tampoco podemos olvidar que somos cuerpo de Cristo. Y que, si nos dejamos empapar por su Amor, seremos –idebemos ser!– las manos del Salvador sobre la tierra que lleven ese Amor a quienes no lo conocen.

9 de julio

(Martes de la 14ª semana del Tiempo Ordinario) – San Nicolás Pick

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 9, 32-38

En aquel tiempo, le llevaron a Jesús un endemoniado mudo. Y después de echar al demonio, el mudo habló.

La gente decía admirada:

«Nunca se ha visto en Israel cosa igual».

En cambio, los fariseos decían:

«Este echa los demonios con el poder del jefe de los demonios».

Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia.

Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor».

Entonces dijo a sus discípulos:

«La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».

Los ojos de Cristo

Si ayer contemplábamos, embelesados, las manos del Señor, hoy nuestra oración se detiene en sus ojos.

Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». El Hijo de Dios miró siempre al mundo con ojos compasivos. Donde fariseos y escribas veían malditos, Él veía pobrecillos, enfermos y seres solitarios. Se indignó, es cierto, con personas religiosas que consumían religión sin repartirla, pero nunca se enfadó con los pobres e ignorantes.

Necesitamos mirar por esos ojos. El mundo necesita que lo miremos así. Porque, muchas veces, lo contempla-

mos huraños, con mirada indignada, despotricamos de quienes no piensan como nosotros, abominamos de los políticos, y acabamos atrincherados en nuestras burbujas piadosas mientras nos defendemos del mundo.

Si mirásemos el mundo con los ojos compasivos de Cristo, las palabras del salmo nos harían llorar: *Son un rebaño para el abismo, la muerte es su pastor y bajan derechos a la tumba; se desvanece su figura y el abismo es su casa (Sal 49, 15)*. Entonces, movidos por la compasión, nos adentraríamos en ese reino de tinieblas, y entregaríamos gustosos la vida anunciando el nombre de Jesús. Seríamos, realmente, operarios de su mies.

10 de julio

(Miércoles de la 14ª semana del Tiempo Ordinario) – San Cristóbal

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 10, 1-7

En aquel tiempo, Jesús, llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia.

Estos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo, y Tadeo; Simón el de Caná, y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:

«No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaria, sino id a las ovejas descarriadas de Israel.

Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos».

Un anuncio previo al anuncio

Dos mil años después, el mandato de Cristo a sus apóstoles sigue vigente, con toda su urgencia: *Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos*.

El anuncio del reino adquiere matices muy distintos hoy en día de los que tenía en aquella época. Los judíos que escucharon a los apóstoles creían en Yahweh y conocían las Escrituras. Arrastraban toda una historia de pecado, y heredaron todas las infidelidades de sus padres, pero sabían de qué se les hablaba cuando se les hablaba de Dios. Hoy día, sin embargo, son multitud las personas que, en nuestras sociedades occidentales, nacen, crecen y viven sin

Dios. Tienen sed de eternidad, pero no la identifican como tal. Por eso viven insatisfechos y desorientados.

Quizá el anuncio del reino, hoy día, tiene que comenzar por el propio hombre. Es preciso gritar que en la vida hay algo más que teléfonos móviles, mentiras, sexo y series de televisión. Que tenemos alma, que hay cielo, que estamos llamados a una felicidad inmensa... Que no es digno del hombre conformarse con esperar a la muerte entretenido. Si logramos levantar los cuellos de las pantallas, entonces podremos anunciar el Amor que se derrama desde lo alto.

11 de julio

(San Benito, abad, patrón de Europa)

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 19, 27-29

En aquel tiempo, dijo Pedro a Jesús:

«Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?». Jesús les dijo:

«En verdad os digo: cuando llegue la renovación y el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna»

Una fuerza descomunal

Pensad en las fuerzas más descomunales que puedan desatarse sobre la tierra: un terremoto, el choque de un asteroide contra un continente, una bomba atómica... Todas generan destrucción y muerte a su paso.

Sin embargo, existe una fuerza muy superior a todas ellas, capaz de propagar su onda expansiva, no sólo en la tierra, sino en la Historia, sacudiendo los siglos en una ola de vida y amor. No hay fuerza como ésa. Y es la fuerza desencadenada por un hombre que se decide a ser santo sin reservas.

Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre,

hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna. Hace quince siglos que Benito de Nursia se decidió a ser san Benito. Y la Orden Benedictina cambió por completo el alma y la faz de Europa. Durante siglos, sus monasterios fueron los pulmones espirituales y culturales del Viejo Continente. Y, aún hoy, esos monasterios, salpicados por toda Europa, son reservorios silenciosos de piedad y vida espiritual.

¿Imaginas lo que podría suceder si tú, que tienes la misma gracia que Benito, te decidieras, sin reservas a ser santo? No, no lo imaginas. Pero ojalá lo descubras.

12 de julio

(Viernes de la 14ª semana del Tiempo Ordinario) – San Juan Gualberto

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 10, 16-23

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos; por eso, sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas.

Pero ¡cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes, por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles.

Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.

El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres, y los matarán.

Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra.

En verdad os digo que no terminaréis con las ciudades de Israel antes de que vuelva el Hijo del hombre».

Antídotos contra los respetos humanos

En algunos países, como en Nigeria, ser cristiano puede costarte la vida. En muchos países árabes, por anunciar a Jesucristo puedes acabar encarcelado. En España, como dice la carta a los Hebreos, todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado (Heb 12, 4). Pero si, en una comida de trabajo, se te ocurre decir que vas a misa, quedarás marcado ante muchos de tus compañeros como retrógrado, homófobo, cavernario y fascista. La persecución no es sangrienta, pero es social. Y, quizá por eso, muchos cristianos no pronuncian el nombre de Cristo fuera del templo; no quieren

quedar marcados. El día del Juicio, muchos nigerianos se levantarán contra nosotros y nos acusarán.

Seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará. El Señor no engaña; te anuncia claramente que, si lo sigues, serás odiado. ¿Qué haces si alguien te dice: «Ven conmigo y te odiarán, te insultarán y, si pueden, te matarán»? Sólo puedes tener dos motivos para seguirlo: O lo quieres mucho a él, o amas mucho lo que él ama. Ahí tienes dos antídotos contra los respetos humanos: Amor a Cristo y a las almas.

13 de julio

(Sábado de la 14ª semana del Tiempo Ordinario) – San Enrique

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 9, 14-17

En aquel tiempo, los discípulos de Juan se acercan a Jesús, preguntándole:

«¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?» Jesús les dijo:

«¿Es que pueden guardar luto los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos?

Llegará días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán.

Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor.

Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres; se derrama el vino y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se conservan».

Palabras de Cristo que no se cumplieron

Antes de que se celebrasen misas por todo el mundo, hubo un sábado en el que las palabras del evangelio de hoy resonaron una y otra vez en la cabeza de un hombre roto por el dolor:

Si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos.

Aquel hombre era Simón Pedro. La noche anterior había negado por tres veces a Jesús. Y aquellas palabras, con las que el Maestro se dirigió un día a los apóstoles, se clavaban en su pensamiento como puñales de fuego. Simón sabía que el pecado no es ninguna broma.

Sabía que merecía ser negado ante Dios por el propio Jesús. Y sufría porque, sin Cristo, su vida no tenía sentido.

Pero quien conoció, y no negó, la gravedad de su pecado llegó a conocer también, poco después, la maravilla del perdón, de ese mismo perdón del que Judas se privó al huir de la misericordia y arrojarse en brazos de la muerte.

Jesús perdonó a Pedro, no lo negó ante su Padre. Y lo nombró pontífice de su Iglesia. Bendito arrepentimiento, y bendita humildad la de quien confiesa sus culpas. Bendito sacramento de la Misericordia.

14 de julio

(15° domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 6, 7-13

En aquel tiempo, llamó Jesús a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto.

Y añadió:

«Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en

testimonio contra ellos».

Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Sin ánimo de perturbar...

¿Estás de vacaciones? No quisiera turbar tu descanso, pero permíteme una pregunta: ¿Habrías podido salir si hubieses tomado, como plan vacacional, el evangelio de hoy?

Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto. Lo del bastón está bien. Yo tengo una garrota con la inscripción «Pater», que uso cuando salgo a caminar por el monte. Lo de salir sin pan también vale, porque, al llegar, lo tienes en el Mercadona más cercano. Aunque ¿cómo lo comprarás si no llevas dinero (la tarjeta va incluida en

la recomendación del Señor)? ¿Hubieras podido salir sin alforja, bolsa o maleta? ¿Y sin ropa para cambiarte, ni bañador, ni esos bermudas que te pones en Torremolinos?

Está claro: las recomendaciones de Jesús son para caminantes, no para veraneantes. Y ahí radica la verdad de fondo: si el cristiano contemporáneo no anuncia a Jesucristo es porque está atado a demasiadas cosas. Tiene demasiado que perder.

Dos preguntas más, y te dejo seguir descansando: ¿A cuántos no cristianos has hablado de Cristo en el último mes? ¿Qué te impide hacerlo?

¡Felices vacaciones!

15 de julio

(Lunes de la 15ª semana del Tiempo Ordinario) – San Buenaventura

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 10, 34-11, 1

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz; no he venido a sembrar paz, sino espada. He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su propia casa.

El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo

porque es justo, tendrá recompensa de justo.

El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, sólo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa».

Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.

¡Cuánta guerra bendita!

¡Menos mal que lo avisas, Señor! Porque todavía hay quienes sueñan con seguirte, y llevar una vida tranquila.

No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz: no he venido a sembrar paz, sino espada. Es llegar tú, y empezar la guerra. A los cuarenta días de nacer, Simeón ya anunció que serías bandera discutida. *He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre...* Y no tenías dos años cuando Herodes entra en guerra con madres e hijos para matarte. Guerrearon contra ti fariseos, sumos sacerdotes, escribas...

Te fuiste al Cielo, y guerrearon contra los tuyos, a quienes llevaron al martirio. No es, precisamente, una vida tranquila la que has llevado, ni la que nos has dado.

Y, por si fuera poco... *Los enemigos de cada uno serán los de su propia casa.* En mi propia casa, en mi vida, combaten la carne y el espíritu, en combate a muerte que no cesa.

Y, con todo y con eso... ¿sabes lo que te digo? Que no cambio esa guerra por nada del mundo. Porque la paz que dejas en lo profundo del alma convierte la guerra en lance de Amor. ¡Qué delicia!

16 de julio

(Martes de la 15ª semana del Tiempo Ordinario)

Ntra. Sra., la Virgen del Carmen

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 11, 20-24

En aquel tiempo, se puso Jesús a recriminar a las ciudades donde había hecho la mayor parte de sus milagros, porque no se habían convertido:

«¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza.

Pues os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo.

Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, habría durado hasta hoy. Pues os digo que el día del juicio le será más llevadero a Sodoma que a ti».

El hombre más solitario del mundo

Una misma palabra del Señor adquiere matices y tonalidades muy distintas, según el lugar donde te sitúes para escucharla. Fíjate:

Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, habría durado hasta hoy.

Sitúate en Cafarnaún, y te sentirás acusado por tu tibieza, por tu falta de gratitud ante las maravillas que el Señor ha hecho en tu vida. De esa oración brotarán una sincera compunción y santos deseos de conversión y reparación.

Mueve ahora la silla, tráela al corazón del Salvador, y escucha sus palabras

desde ese palco. Advertirás, conmovido, que Jesús se siente rechazado en este mundo. Las ciudades más queridas para Él, aquéllas en las que ha realizado la mayoría de sus milagros, lo han utilizado, pero no lo han recibido en sus corazones, ni ha acogido su misterio en sus almas, ni se han convertido. ¡Qué soledad, la del Señor! Rodeado por multitudes, e incomprendido. Se sirvieron de Él, pero no lo amaron.

Entonces, llorarás: «¡Oh, Jesús! Si otros no te amaron, yo te amo. No sólo eres mi médico. Eres mi Salvador y mi vida. Aunque nada me dieras, soy tuyo». Amén.

17 de julio

(Miércoles de la 15ª semana del Tiempo Ordinario) – San Alejo

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 11, 25-27

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo:

«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien.

Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

El «meteorito joánico»

Escuché una vez decir que al párrafo del evangelio de Mateo que hoy leemos en Misa se le ha llamado el «meteorito joánico». ¡Pum! Como si un fragmento del evangelio de Juan se hubiera desprendido y hubiera colisionado con el de Mateo... Tiene sentido. Hay expresio-

nes, en este párrafo, que aparecen varias veces en el cuarto evangelio.

Todo me lo ha entregado mi Padre. Y, en san Juan: *Sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos (Jn 13, 3)... Todo lo que me da el Padre vendrá a mí (Jn 6, 36).* En ese «todo» estamos

19 de julio

(Viernes de la 15ª semana del Tiempo Ordinario) – Santa Áurea

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 12, 1-8

En aquel tiempo, atravesó Jesús en sábado un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y a comérselas.

Los fariseos, al verlo, le dijeron:

«Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado». Les replicó:

«¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los panes de la proposición, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes.

¿Y no habéis leído en la Ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa?

Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo.

Si comprendierais lo que significa “quiero misericordia y no sacrificio”, no condenaríais a los inocentes. Porque el Hijo del hombre es señor del sábado».

Los inocentes

Es una frase que pasa casi desapercibida pero que, cuando te fijas en ella, resulta muy sorprendente. Se la dice Jesús a los fariseos que acusan a los apóstoles de comer espigas en sábado:

Si comprendierais lo que significa «quiero misericordia y no sacrificios», no condenaríais a los inocentes.

¿Por qué llama *inocentes* a los apóstoles, cuando Él mismo había dicho que *nadie es bueno sino solo Dios (Lc 18, 19)*? La misma Escritura dice: *No hay uno que obre bien, ni uno solo (Sal 14, 3)*.

La frase podría explicarse como una profecía. Realmente, no habla de la condena de los apóstoles, sino de la

suya. Está anunciando a los fariseos que ellos condenarían al único Inocente, al Cordero sin mancha.

Pero también podría explicarse como un anuncio de la justificación. Esos apóstoles, nacidos en pecado, serán justificados y hechos inocentes por la sangre del Cordero. Y las espigas que ahora comen, como aquellos panes de la proposición que comieron David y sus hombres, no son sino un anuncio del alimento de los inocentes, la Eucaristía.

En cualquier caso, la diferencia entre los fariseos y Cristo queda patente: mientras ellos juzgan y crean culpables, Jesús redime y crea inocentes.

nosotros. El Padre nos entregó al Hijo para que el Hijo nos redimiera.

Pero, una vez redimidos, también el Hijo nos lo ha entregado todo a nosotros. Dice san Pablo: *Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios (1Co 3, 23)*.

Mira a tu familia, tus vecinos, tus

amigos... Todo te lo ha entregado Cristo. Los ha puesto en tus manos para que los cuides, les lleves el Amor de Dios y les anuncies su palabra. Un día te preguntará por los que te dio. Ojalá puedas responder: *He manifestado tu nombre a los que me diste (Jn 17, 6)*.

18 de julio

(Jueves de la 15ª semana del Tiempo Ordinario)

San Federico

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 11, 28-30

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo:

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Para no sufrir más que lo justo

Un buen propósito que te recomiendo es el de no sufrir más que lo necesario. Yo me regalé ese propósito hace años, aunque no siempre lo cumplo.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas.

Realmente, el Señor te está sugiriendo el mismo propósito. Porque los sufrimientos van incluidos en el pack de la vida, una buena parte de ellos no se pueden evitar. La virtud de la mansedumbre te enseñará a reconciliarte con ellos, y a abrazarlos como lo que son: el yugo amoroso de Jesús sobre tus hombros. Los sufrirás, pero también

experimentarás que *mi yugo es llevadero y mi carga ligera*.

Sin embargo, si no eres manso, sufrirás por partida doble. Porque, además del sufrimiento que te trae la vida, sufrirás la rebeldía interior ante esa prueba. Y, muchas veces, esa rebeldía interior duele más que la propia tribulación.

Recuerda a los dos ladrones que fueron crucificados junto a Jesús. ¿Quién de los dos sufrió más? El bueno sufrió la cruz unido a Cristo. El malo sufrió la cruz, la soledad y la rebeldía.

Ser manso significa no sufrir más que lo necesario, y convertir el dolor en amor.

20 de julio

(Sábado de la 15ª semana del Tiempo Ordinario) – San Elías

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 12, 14-21

En aquel tiempo, al salir de la sinagoga, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús. Pero Jesús se enteró, se marchó de allí, y muchos le siguieron. Él los curó a todos, mandándoles que no lo descubrieran.

Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Isaías:

«Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, nadie escuchará su voz por las calles.

La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no lo apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; en su nombre esperarán las naciones».

Mira, escucha, contempla

Cuando Cristo se transfiguró ante Pedro, Santiago y Juan, la voz del Padre fue un eco de la que se oyó sobre el Jordán: *Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco* (Mt 17, 5). Pero, después, añadió algo que no había dicho entonces: *Escuchadlo*.

Hoy san Mateo, ante los efectos de la predicación de Jesús, recuerda unas palabras del profeta Isaías que parecían el anticipo de aquella voz: *Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco*.

Isaías dijo: *Miradlo*. El Padre dijo: *Escuchadlo*. Y ambos se referían a la

misma persona, a Cristo.

¿Acaso hay otra cosa que hacer en la vida salvo mirar y escuchar a Cristo? Me dirás que hay mucho trabajo, que hay mucho bien por hacer, que es preciso cumplir la misión que Dios nos ha asignado... Y yo te respondo que sí, que tienes razón, que soy el primero en gritar que no basta rezar si la vida no se mueve. Pero también te recordaré que cualquier movimiento que no haga con la mirada puesta en Cristo y el oído atento a su palabra es sólo bullicio.

Si el movimiento te impide contemplar, muévete menos... o reza más.

21 de julio

(16º domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 6, 30-34

En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo:

«Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco».

Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a solas a un lugar desierto.

Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas.

Consejos para un veraneo perfecto

Este domingo de julio nos regala un evangelio muy veraniego:

Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco. ¡Cuántos de vosotros habréis salido de vuestras casas para buscar ese lugar tranquilo donde descansar!

Claro que esos deseos estivales no siempre se cumplen. Un disgusto familiar, un catarro, un vecino armado con una sopladora que limpia su jardín a la hora de la siesta... O, simplemente, el descubrimiento de que no hacer nada es aburridísimo. ¡Pobre de ti!

Aquí te apunto unos consejos para que tú descanses de verdad.

– Toma el Sol. Busca una iglesia en tu lugar de veraneo. Visítala cada

mañana para hacer un rato de oración y deja que el Sol, que es Cristo, tueste tu alma antes de que el sol de la playa achicharre tu piel.

– Aliméntate bien. Comulga diariamente. La paella vendrá después. Y estará más rica.

– Ponte en forma. Acude a confesar, que con tanto pecado encima anda el alma a rastras. Deja que la gracia divina la rejuvenezca, y verás lo ágil que te sientes.

En definitiva: si quieres descansar de verdad, no te conformes con que el cuerpo descansa. Practica el descanso integral: cuerpo y alma. Volverás «nuevo».

22 de julio

(Santa María Magdalena)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 20, 1. 11-18

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan:

23 de julio
(Santa Brígida, patrona de Europa)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 15, 1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador.

A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.

Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos»

La unión del santo con Cristo

Podría parecer, durante las turbulencias de la vida, que la unión del alma con Cristo es como la de dos personas que se agarran fuertemente de la mano en medio de una avalancha de gente, procurando que la multitud desbocada no los separe. Así, mientras el alma es zarandeada por las urgencias y las contrariedades del día a día, lucha por no olvidarse de Dios.

Podría parecer, durante los momentos de oración más recogida, que la unión del alma con Cristo es como la de dos amantes que se abrazan y gozan cada uno, mientras dura el abrazo, de la cercanía del otro.

Pero ninguna de esas dos imágenes explica la unión de los santos con Cristo. Ni las manos ni los brazos pueden atrapar eternamente al ser querido.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El santo está unido a Cristo como el sarmiento a la vid. Sin dejar de ser dos, son uno solo. Esa unión no la obran manos ni brazos, sino la gracia y la palabra. La gracia es la savia que une interiormente el sarmiento a la vid. La palabra, que permanece en el alma del santo, la fecunda y alumbró en ella sus frutos.

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella les contesta:

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:

«Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?».

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».

Jesús le dice:

«¡María!».

Ella se vuelve y le dice:

«¡Rabboni!»., que significa: «¡Maestro!».

Jesús le dice: «Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y díles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”».

María Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

Almas que moran en el silencio

Un hombre sin ilusión es un hombre muerto. El ser humano necesita volcar su vida en un propósito. Y, así, hay quienes se vuelcan en su familia, quienes se entregan por completo a su trabajo, quienes se desviven por una afición o un deporte... Nada más triste que el hombre aburrido.

Lo grande de María Magdalena no es que vuelque su vida en Cristo. Eso es grande, enorme, descomunal. Pero lo hemos visto en san Pablo, en san Juan, en san Pedro y en todos los santos. Lo que convierte en excepcional a esta bendita mujer es que vuelca su vida en Cristo cuando lo cree muerto, es decir,

cuando Cristo, aparentemente, no está allí. Y eso hace que María Magdalena vuelque su vida en las tinieblas. De ahí su llanto.

Mujer, ¿por qué lloras? Ella responde: *Porque se han llevado a mi Señor.* ¡Benditas lágrimas! No llora, como tantos, por algo presente: una enfermedad, una humillación o una contrariedad. Llora por el Ausente, y eso la sumerge en la vida mística.

La grandeza de María Magdalena es la de quienes deciden habitar en el silencio, y no aceptar consuelo alguno hasta que no sean despertados por una palabra: *¡María!*

24 de julio

(Miércoles de la 16ª semana del Tiempo Ordinario) – Santa Cristina

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 13, 1-9

Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla.

Les habló mucho rato en parábolas:

«Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y, como la tierra no era profunda brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó.

Otra cayó entre abrojos, que crecieron y lo ahogaron.

Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos que oiga».

La tierra poco profunda y el «cristianismo emocionante»

La parábola del sembrador tiene cuatro escenarios, cuatro lugares en los que cae la semilla. Consideremos hoy dos de ellos.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó en seguida. Seguramente, el mejor terreno para conseguir resultados rápidos. Haz que sientan, que lloren, que canten, que bailen, que se abracen. Sirvete de buenos efectos de luz y sonido, sumérgelos en una experiencia impactante, y saldrán convertidos y entusiastas, aunque no sepan recitar los mandamientos del Decálogo... *Pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó.*

Otra cayó en tierra buena y dio fruto; una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. Aunque tarda más en aflorar. Una buena catequesis puede durar años. Explicar la Escritura, desgranar la doctrina, educar en el misterio, como hacían los primeros cristianos con los catecúmenos, es siembra laboriosa. Pero produce santos y sabios, capaces de surcar el desierto y perseverar.

No es mala la siembra de los afectos, si después se pasa a la del alma. Lo que me da pena es que haya cristianos sabios que se vuelvan del desierto para chapotear en el «cristianismo emocionante». Eso es un paso atrás.

25 de julio

(Santiago, apóstol, patrono de España)

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 20, 20-28

En aquel tiempo, se acercó a Jesús la madre de los hijos de Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición.

Él le preguntó:

¿«Qué deseas?».

Ella contestó:

«Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda». Pero Jesús replicó:

«No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?».

Contestaron:

«Podemos». Él les dijo:

«Mi cáliz lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mi concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre».

Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra los dos hermanos. Y llamándolos, Jesús les dijo:

«Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo.

Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos».

La fuerza que cambia el mundo

Si un día te presentas ante el Señor, y Jesús te pregunta, como a la madre de los Zebedeos: *¿Qué deseas?*, no te aseguro que vayas a ver tus deseos cumplidos. En ocasiones, Jesús te pregunta por ellos, no para cumplirlos, sino para elevarlos.

Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. Hablan de política,

quieren arreglar el mundo desde la poltrona. Y si, de paso, mejoran sus vidas, tanto mejor.

No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Y ellos se ven sentados junto al gran jefe en una cena, bebiendo de su copa. Y dicen:

Podemos.

Acabáramos.

Todavía quedan cristianos así. Creen

que el mal de este mundo está en la política, y que una nueva política los salvará. Pero Cristo nunca descendió a cuestiones políticas, y gritó que el mal de este mundo es el pecado, que afecta a todo hombre.

El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor. Convertido en siervo de todos sobre la Cruz, Cristo cambió el mundo. No son los políticos, sino los santos, quienes tienen la llave de la Historia.

26 de julio

(Santos Joaquín y Ana, padres de la Bienaventurada Virgen María)

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13, 16-17

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron».

Con ojos de nieto

¿Nunca has dicho, al encontrar a alguien a quien llevabas tiempo sin ver: «¡Dichosos los ojos!»? Bien traída está la frase por el Señor, cuando Israel llevaba siglos esperando al Mesías:

«¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron.

Si se refiere Jesús a los ojos del cuerpo, los apóstoles estaban viendo el rostro del Mesías. Pero nuestros ojos, entonces, son infelices, porque no lo ven.

Pero si se refiere a la fe, a los ojos del

alma, la bienaventuranza nos sumerge de lleno en su dicha. La fe rasga el horizonte de lo sensible, y nos abre a un mundo nuevo y luminoso. Allí encontramos nuestro hogar, habitamos en la casa del Señor, todo lo suyo es nuestro. El propio Cristo se pone en nuestras manos, y Joaquín y Ana son para nosotros lo mismo que fueron para Él: unos abuelos cariñosos y santos. Abres hoy los ojos, y un anciano te toma en brazos, y una anciana te besa, y tú dices Yayo y Yaya, y te dejas mimar, y eres itan feliz!

¡Dichosos los ojos! ¡Bendita fe!

27 de julio

(Sábado de la 16ª semana del Tiempo Ordinario) – San Clemente I

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 13, 24-30

En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente:

«El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en

su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”

Él les dijo:

“Un enemigo lo ha hecho”.

Los criados le preguntaron:

“¿Quieres que vayamos a arrancarla?” Pero él les respondió:

“No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. Dejados crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero”».

Mira a María

Sorprende la orden que da a los criados el dueño del campo, cuando se disponen a arrancar la cizaña sembrada entre el trigo: *Dejadlos crecer juntos hasta la siega.*

Por mucho que sorprenda, ésa ha sido, y es, la actitud de Dios ante la propagación del pecado. El hombre peca, y Dios permite. Los hombres se escandalizan: «Si existe Dios, ¿por qué las guerras? ¿por qué las injusticias?»... Pero lo cierto es que el mal no prueba la no existencia de Dios. Lo que prueba es su misteriosa tolerancia y su paciencia con nosotros.

Esa tolerancia y esa paciencia han

tenido, tan sólo, una excepción. En el vasto campo del mundo y de la Historia, Dios quiso reservar una parcela libre de cizaña, un trigal puro y limpio donde el Enemigo no pudiera sembrar su mala simiente. Ese trigal se llama María. En el mismo momento de su concepción, san Miguel detuvo la mano del Diabolo, dispuesto a marcarla con su sello, como a todos los hijos de Adán. Nunca creció en ella la cizaña, fue siempre trigo purísimo de Dios.

Así pues, si estás cansado del pecado, y buscas un lugar limpio donde poner los ojos, mira a María.

28 de julio

(17º domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 6,1-15

En aquel tiempo, Jesús se marchó a la otra parte del mar de Galilea o de Tiberíades. Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.

Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos.

Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe:

«¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?»

Lo decía para probarlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer.

Felipe le contestó:

«Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo».

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice:

«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?».

Jesús dijo:

«Decid a la gente que se siente en el suelo».

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil.

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

Cuando se saciaron, dice a sus discípulos:

«Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda».

Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía:

«Este es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo».

Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.

Abre bien los ojos hoy

Supón que hubieras estado en aquel monte donde Jesús multiplicó los panes y los peces. Supón que hubieras sido tú ese muchacho que tenía *cinco panes de cebada y dos peces*. Después de ver cómo Jesús convertía tu ofrenda en alimento para miles de personas, después de haber comido hasta saciarte, ¿cómo habrías vuelto a casa? ¿Verdad que habrías llegado radiante, con deseos

de contar a toda tu familia lo que habías presenciado?

Pues, entonces, abre bien los ojos, porque hoy vas a ir a misa, y allí sucederá un milagro mucho mayor. Cuanto sucedió en el monte no fue sino un anuncio del milagro que tú presenciarás hoy.

Hoy, ante tus ojos, el sacerdote presentará a Dios un poco de pan, y un

poco de vino. También tu vida, si quieres, irá incluida en esa ofrenda, tan pobre cuando se trata de honrar a todo un Dios. Y, cuando el sacerdote pronuncie las palabras de la consagración, esa pobre ofrenda se transformará en el cuerpo y

la sangre de Cristo, capaces de redimir a la Humanidad entera. Te saciarás con ese pan.

¿Cómo llegarás a casa, después de misa? ¿Cómo volverás a tus amigos y parientes? ¿Se te notará?

29 de julio

(Santos Marta, María y Lázaro)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 11, 19-27

En aquel tiempo, muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María, para darle el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús:

«Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá».

Jesús le dijo:

«Tu hermano resucitará».

Marta respondió:

«Sé que resucitará en la resurrección del último día».

Jesús le dice:

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?».

Ella le contestó:

«Si, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

Betania

Se me marcha mi querido vicario parroquial. Es triste para mí, pero bueno para él, porque le ha llegado la hora de ser párroco. Y hoy me ha comentado su intención de pintar la que será su nueva casa. Hace bien, pero seguirá siendo la casa de un hombre que vive solo. Como la mía. Los sacerdotes seculares no vivimos bien. En cierta ocasión,

un amigo me regaló una flor: «No te preocupes, que no tienes que regarla, es de mentira. Pero ponla en algún sitio, que se nota que en tu casa no ha entrado jamás una mujer».

Jesús tampoco vivió bien durante su vida pública. Dormía en el suelo, en casas prestadas, en un huerto... o no dormía, porque pasaba la noche en

oración. Pero, de cuando en cuando, pasaba por Betania, y allí, en casa de Marta, María y Lázaro encontraba un hogar.

¡Cómo lo querían esos hermanos! Cuando cruzaba la puerta de su morada, podía quitarse el abrigo, ponerse las

zapatillas, sentarse al fuego y descansar. Fueron pocos momentos, pero, desde que abandonó la compañía de la Virgen, fueron sus únicos momentos de hogar.

Ojalá en nuestras parroquias, y en nuestras almas, encuentre Jesús su Betania.

30 de julio

(Martes de la 17ª semana del Tiempo Ordinario)

San Pedro Crisólogo

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 13, 36-43

En aquel tiempo, Jesús dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle:

«Acláranos la parábola de la cizaña en el campo».

Él les contestó:

«El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles.

Lo mismo que se arranca la cizaña y se echa al fuego, así será al final de los tiempos: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles y arrancarán de su reino todos los escándalos y a todos los que obran iniquidad, y los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».

Trigo limpio

En ocasiones, cuando una persona nos inspira confianza, decimos de ella que es «trigo limpio». Y, como casi siempre, nos equivocamos.

La buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno. Como aquellos criados de la parábola, queremos separar trigo y cizaña sin estar preparados para ello. Cuántos idiotas, a lo largo de la Historia,

han pasado por santos, y cuántos santos han pasado por idiotas. ¡Cuántos juicios estúpidos, que más nos valdría no haber formulado jamás!

Para empezar, porque el trigo sucio también es trigo. De hecho, en el campo, el trigo suele estar sucio. Son cosas que pasan cuando vives rodeado de tierra y de polvo.

Sólo Dios conoce quién es trigo y

quién es cizaña, porque sólo Él lee los corazones. Es allí, en el corazón, donde una persona pertenece al reino de los cielos o al Príncipe de este mundo. No todo es lo que parece.

Si quieres ser trigo de Dios –limpio

o sucio–, purifica el corazón con la humildad y la oración. Y rézale mucho a la Purísima, el trigo más limpio que jamás pisó la tierra, para que ella limpie tu pensamiento, tus palabras y tus acciones.

31 de julio

(Miércoles de la 17ª semana del Tiempo Ordinario)

San Ignacio de Loyola

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 13, 44-46

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor se va a vender todo lo que tiene y la compra».

Secretum meum mihi

«Secretum meum mihi», «mi secreto, para mí», decía, muchas veces, Edith Stein, mientras recorría el camino que la llevaría a ser santa Teresa Benedicta de la Cruz. Sabía que la llama recién encendida en su alma era aún débil, y que cualquier sopro podría apagarla. Por eso era celosa de su intimidad con Dios. También la Virgen guardó en secreto su aventura de Amor hasta que llegó el tiempo oportuno.

El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder. Quizá te extrañe, porque el Señor nos

ha mandado anunciar al mundo entero la buena noticia. Pero ese anuncio, si es auténtico, es, siempre, hijo de un secreto, como cualquier hombre es hijo de nueve meses de secreto en el amor del seno materno.

Yo tengo secretos con el Señor que jamás desvelaré a nadie, porque a nadie le importan salvo a Él y a mí. Y espero que lo mismo te suceda a ti. Quien no tiene secretos con Dios no tiene vida interior. Por eso, el afán desmedido de volcar la intimidad en redes sociales mata las almas. Quienes no tienen secretos están vacíos por dentro.

AGOSTO

1 de agosto

(Jueves de la 17ª semana del Tiempo Ordinario)

San Alfonso María de Ligorio

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 13, 47-53

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran.

Lo mismo sucederá al final de los tiempos: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.

¿Habéis entendido todo esto?». Ellos le responden:

«Sí».

Él les dijo:

«Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo».

Cuando Jesús acabó estas parábolas, partió de allí.

La tolerancia de Dios

La parábola de la red que recoge toda clase de peces no es sino la versión «marina» de la parábola del trigo y la cizaña. Ambas contienen la misma dosis de realismo.

El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Como convivían trigo y cizaña en aquel campo, conviven, en la misma red, peces buenos y malos.

Dios permite el mal en esta vida, y hasta del mal acaba sacando bien. La

convivencia con el pecado, el dolor y la muerte nos ayuda a ser misericordiosos, pacientes y humildes. Ser tolerante no es transigir. El pecado es pecado, la virtud es virtud, y Cristo es Dios. Si tienes que morir por defender esas verdades, no temas. Pero, con las personas, sé tolerante. Si Dios permite que pequen, ¿quién eres tú para impedirlo a la fuerza? Ama al pecador, respeta su libertad, sufre su pecado. Jamás lo juzgues. Cuando la barca llegue a puerto, quizá muchos peces malos hayan sido redimidos por la paciencia del Bueno.

2 de agosto

(Viernes de la 17ª semana del Tiempo Ordinario)

Ntra. Sra. de los ángeles

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 13, 54-58

En aquel tiempo, Jesús fue a su ciudad y se puso a enseñar en su sinagoga. La gente decía admirada.

«De dónde saca este esa sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No es su madre María, y sus hermanos Santiago, José Simón y Judas? ¿No viven aquí todas sus hermanas? Entonces, ¿de dónde saca todo eso?».

Y se escandalizaban a causa de él.

Jesús les dijo:

«Solo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta». Y no hizo allí muchos milagros, por su falta de fe.

Somos tu tierra y tu casa

Cuando escuchamos al Señor lamentarse entre sus vecinos, los nazarenos, de que sólo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta, sentimos unos enormes deseos de desagaviar. Y brota de nuestro corazón una oración amorosa y dolorida:

Que jamás tengas que decir de nosotros, ¡oh, Jesús!, que en tu tierra y tu casa te desprecian. Porque nosotros somos tu tierra y tu casa.

Que jamás nos acostumbremos a tu presencia entre nosotros. Que jamás dejemos de estremecernos ante la Eucaristía.

Que jamás comulguemos con rutina, cuando Tú vienes a nosotros abrasado en Amor.

Que jamás dejemos de poner pasión en nuestras genuflexiones. Que ardan el corazón y las rodillas cuando así te saludamos.

Que jamás te dejemos solo en el sagrario, porque nuestras «muchas ocupaciones» nos impidan venir a visitarte.

Que jamás dejes de sentirte muy amado en nuestros templos, y también en nuestras almas. Que seamos Betania para Ti, que encuentres descanso en nosotros.

Que jamás pase un día sin que te hayamos dicho mil veces que te amamos.

Que jamás despertemos del descanso nocturno sin ofrecerte el primer saludo, y jamás nos dejemos alcanzar por el sueño sin haber besado tu santa Cruz.

Así sea.

3 de agosto

(Sábado de la 17ª semana del Tiempo Ordinario) – Santa Lidia

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 14, 1-12

En aquel tiempo, oyó el tetrarca Herodes lo que se contaba de Jesús y dijo a sus cortesanos:

«Ese es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y por eso las fuerzas milagrosas actúan en él».

Es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel encadenado, por motivo de Herodías, mujer de su hermano Filipo; porque Juan le decía que no le era lícito vivir con ella. Quería mandarlo matar, pero tuvo miedo de la gente, que lo tenía por profeta. El día del cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó delante de todos, y le gustó tanto a Herodes que juró darle lo que pidiera.

Ella, instigada por su madre, le dijo:

«Dame ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista».

El rey lo sintió, pero, por el juramento y los invitados, ordenó que se la dieran; y mandó decapitar a Juan en la cárcel.

Trajeron la cabeza en una bandeja, se la entregaron a la joven, y ella se la llevó a su madre. Sus discípulos recogieron el cadáver, lo enterraron, y fueron a contárselo a Jesús.

De la frivolidad, líbranos, Señor

Herodes es el paradigma de la frivolidad. Y la frivolidad no es necesariamente ajena a las creencias religiosas. Hay frivolos ilustres que exhiben sus creencias religiosas y las visten como se viste un traje de Dior. Les gustan las apariciones, los milagros, los exorcismos... todo ello, ante sus ojos, está lleno de «glamour». El problema es que, al contacto con la frivolidad, las creencias religiosas se desnaturalizan, convirtiéndose en juegos florales para gente ociosa.

Ese es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos. He-

rodes, que era un frívolo, creía en la resurrección, pero vivía con miedo. Más que una esperanza gozosa, la posibilidad de que alguien pudiera salir del sepulcro constituía, ante sus ojos, una amenaza. Si Juan resucitaba, vendría a vengarse de su verdugo. En su ignorancia—porque la frivolidad es ignorante—, Herodes no esperaba a un resucitado, sino a un zombi.

Así sucede cuando mezclas frivolidad con religión. Tienes creencias, pero vives sin Dios, porque ese dios al que rezas es un ídolo de bisutería. Y el miedo

se apodera de ti. Porque, al final, ese frívolo que ha convertido a Dios en su mayordomo sigue temblando de miedo ante la muerte. Mal negocio.

4 de agosto

(18º domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 6, 24-35

En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

«En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?». Respondió Jesús:

«La obra que Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado».

«¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó:

«En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Pan del cielo

Cuando decimos «cielo» señalamos a lo alto. No creemos que Dios habite tras las estrellas, pero la comparación nos sirve. El lugar donde Dios habita, como las nubes, se encuentra en alto. Para

llegar, debemos realizar una ascensión costosa que conlleva remontar la fuerza gravitatoria de la concupiscencia de la carne y del pecado.

No fue Moisés quien os dio pan del

cielo, sino que es mi Padre el que os da verdadero pan del cielo. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. El maná que comieron los hebreos en el desierto descendía del cielo de los astros. Pero el pan que nos da Cristo viene del cielo de Dios.

La Hostia que se posa en mis manos en cada misa viene de Dios y es Dios. Ese pan no es de este mundo. Aunque

sus accidentes lo sean, su sustancia, Él mismo, es divina.

Cuando la comes, comes Dios y comes cielo. Si comulgas bien, te llenas de cielo por dentro, porque recibes vida eterna. Esa vida no puede apagarla la muerte, está por encima de la muerte y del pecado.

No olvidéis nunca de dónde viene el pan que comulgas.

5 de agosto

(Lunes de la 18ª semana del Tiempo Ordinario)

Ntra. Sra. de las Nieves

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 14, 13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista, se marchó de allí en barca, a solas, a un lugar desierto. Cuando la gente lo supo, lo siguió por tierra desde los poblados.

Al desembarcar vio Jesús una multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle:

«Estamos en despoblado y es muy tarde, despidete a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer».

Jesús les replicó:

«No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer». Ellos le replicaron:

«Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces». Les dijo:

«Traédmelos».

Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos y se saciaron y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Logística sobrenatural

Si en algo nos hemos hecho expertos en la Iglesia, a lo largo de veinte siglos, es en logística. Deberíamos impartir cursillos y organizar masters, porque la

logística de la Iglesia no tiene parangón en ninguna otra organización humana. Pobres de solemnidad como Teresa de Ávila acabaron levantando monasterios

por toda España, con un capital inicial de 0. En mi parroquia, con presupuestos incapaces de cubrir el gasto de luz del año, nadie sabe cómo acabamos por pagar todas las facturas. Bueno, yo sí sé cómo. Ya lo he aprendido. Y os lo cuento:

Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces».

Les dijo: «Traédmelos».

Ya está. Así es como se hace. Esa frase vale por una titulación superior en

logística sobrenatural. Si los apóstoles toman los cinco panes y los dividen en porciones minúsculas para repartirlos entre cinco mil, cada comensal habría devorado un total de media miga de pan. Pero si, en lugar de repartir miseria, le entregan a Jesús cuanto tienen, Jesús bendice la miseria y todos se sacian.

Tú, que eres pobre, no intentes llegar a todos, que no puedes. Entrégate a Dios, y tu vida beneficiará a pueblos enteros.

6 de agosto

(La Transfiguración del Señor)

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 9, 2-10

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, subió aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.

Se les parecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús:

Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

«Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

No sabía qué decir, pues estaban asustados.

Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo».

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Cuando bajaban del monte, les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos.

Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Una tienda en el Tabor

¡Qué bien comprendemos la petición *estemos aquí! Haremos tres tiendas.* de Pedro! *Maestro, ¡qué bueno es que* ¿Quién, al ver transfigurado al más

hermoso de los hijos de Adán, no querría habitar allí, para jamás dejar de contemplar esa gloria? Allí no hay lugar para la duda, la incertidumbre, el miedo, o la tristeza. Sólo caben el gozo, la paz y el Amor. ¿Cómo no desear permanecer?

Pero nuestra pobre carne aún tiene que ser purificada para poder habitar en esa luz. Es preciso que contemple, primero, la oscuridad del Gólgota; es preciso que padezca la frialdad de la muerte, abrazada al Crucifijo, para que después, pagados ya sus sábados,

pueda ser introducida en el domingo sin ocaso. Tenemos otro monte que subir.

Con todo, la petición de Pedro puede y debe verse cumplida en nosotros, aunque de otra manera. Mientras nuestra pobre carne cruza las tinieblas, en lo profundo de nuestras almas en gracia se encuentra la tienda de Dios, de la que está escrito: *Él me protegerá en su tienda el día del peligro (Sal 27, 5)*. Si el alma no habita en esa contemplación perpetua del Tabor, difícilmente resistirá la carne los rigores del Gólgota. Rezad mucho.

7 de agosto

(Miércoles de la 18ª semana del Tiempo Ordinario) – San Cayetano

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 15, 21-28

En aquel tiempo, Jesús se retiró a la región de Tiro y Sidón.

Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

«Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo».

Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:

«Atiéndela, que viene detrás gritando».

Él les contestó:

«Sólo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel».

Ella se acercó y se postró ante él diciendo:

«Señor, ayúdame».

Él le contestó:

«No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos».

Pero ella repuso:

«Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos». Jesús le respondió:

«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas».

En aquel momento quedó curada su hija.

Las migajas de los perros y el pan de los hijos

Ya se ve que aquella mujer cananea tenía perro. Y estaba acostumbrada a que el chucho, mientras la familia comía, se tumbaba bajo la mesa para comer las migajas que iban cayendo.

– *No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos. – Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.*

Quizá suene mal decirlo, pero esta mujer se llevó exactamente lo que pidió: las migajas. Porque una curación física, aunque suponga la expulsión de *un demonio muy malo*, no deja de ser una

migaja del banquete de la salvación. Hay mucha diferencia entre una sanación y la gracia del Bautismo.

A ti, el Señor te ha dado mucho más. Eras perro, a causa de tus pecados, y has sido hecho hijo por la sangre de Cristo. Has sido bañado en el Bautismo y alimentado con el pan de los hijos en la Eucaristía. Tienes vida eterna, tu hogar es el Cielo, y tu madre la Virgen.

¿Y te quejas porque el Señor permite esa contrariedad que te une a su Cruz? Te está tratando como a hijo, ¿y suspiras por las migajas de los perros?

8 de agosto

(Jueves de la 18ª semana del Tiempo Ordinario) – Santo Domingo

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 16, 13-23

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?».

Ellos contestaron:

«Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».

Él les preguntó:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Simón Pedro tomó la palabra y dijo:

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

Jesús le respondió:

«¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra,

quedará desatado en los cielos». Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.

Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte». Jesús se volvió y dijo a Pedro:

«¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mi piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios».

¿Quién dices tú que soy yo?

La pregunta que Jesús hace a sus apóstoles no es sino una ventana abierta al misterio. No hay palabras en el mundo capaces de responderla.

Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Si pretendes agotar, en una frase, el misterio del Hijo de Dios encarnado, mejor desiste. Más vale mantener abierta la pregunta y asomarse a ese abismo sin tratar de abarcarlo con palabras. Pero, si el Señor te pregunta: «¿quién soy yo para ti?», puedes derramarte en un acto de amor.

Antes de que lo hagas, te daré algunas pistas. Ya sabes lo que respondió el propio Simón: *Tú eres el Mesías, el Hijo*

de Dios vivo.

Bartolomé: *Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel (Jn 1, 49).*

Marta: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo (Jn 10, 27).*

Tomás: *¡Señor mío y Dios mío! (Jn 20, 28).*

San Francisco de Asís: «Deus meus et Omnia», «Mi Dios y mi todo».

Ahora te toca a ti. Hoy, cuando cumpulgues, escucha cómo te lo pregunta el Señor. Y responde sin pensar, deja que el corazón se derrame, haz un acto de amor ferviente. «Señor, tú eres...»

9 de agosto

(Santa Teresa Benedicta de la Cruz, mártir, patrona de Europa)

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 25, 1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

«El reino de los cielos se parece a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo.

Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes.

Las necias, al tomar las lámparas, no se provieron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuza de aceite con las lámparas.

El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.

A medianoche se oyó una voz:

“¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”.

Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes.

“Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”.

Pero las prudentes contestaron:

“Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”.

Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.

Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”.

Pero él respondió:

“En verdad os digo que no os conozco”.

Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

Elogio de la campanilla

No sé por qué, desde hace años, la campanilla desapareció de las misas de muchas iglesias. A mí su sonido me parece venido del Cielo (salvando aquellos casos en que la campanilla cae en manos de algún salvaje aficionado a aporrear el metal).

¡Que llega el esposo, salid a su encuentro! Cuando el sacerdote extiende las manos sobre las ofrendas, la campanilla despierta a los dormidos y alegra a los despiertos. Después, cuando el sacerdote alza la Hostia, su sonido es grito jubiloso: «¡Ya está aquí!».

Se pusieron a preparar sus lámparas. El alma en gracia, dispuesta a recibir al Esposo, se pone en pie y eleva sus ojos

al Cielo, uniéndose a la Plegaria recitada por el sacerdote.

¡Salid a su encuentro! Sale el corazón de pecho, encendido en amor, y asoma a las comisuras de los labios, donde el sacerdote deposita al Esposo.

Las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Se cierran los labios, se cierran las puertas del alma y allí, en esa bendita bodega, el Esposo y su amada, protegidos por un silencio santo y una oscuridad luminosa, se hacen uno en Amor.

Me encanta la campanilla.

10 de agosto

(San Lorenzo, mártir)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 12, 24-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto.

El que ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiere servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará».

Dichosos los que mueren en el Señor

Vino Cristo a la tierra como ladrón. A la hora que menos pensaba el dueño de la casa, abrió un limpisimo boquete en el alma de una mujer inmaculada y, a través de ese boquete, entró en la Historia y le arrebató a Satanás su botín. No sólo le robó las almas de los hombres, sino que le robó también la muerte.

Ese robo tuvo lugar en la Cruz. Y la muerte, que hasta entonces era signo de suprema maldición, se convirtió en el acto de amor más sublime que jamás vieran los siglos. Ante la muerte de Cristo, la tierra retembó estremecida, como tiembla la esposa al ser abrazada

por el esposo. *Dichosos los que mueren en el Señor (Ap 14, 13).*

Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. Morir no es, simplemente, exhalar el último suspiro. Morir en Cristo es ir entregándose en amor poco a poco, segundo a segundo, a través de sufrimientos, contrariedades, y actos de abnegación. Todos exhalaremos ese último suspiro, pero no todos daremos fruto abundante, sino aquéllos que hayan derramado generosamente su vida. Sólo ellos mueren en el Señor. Benditos sean.

11 de agosto

(19º domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 6, 41-51

En aquel tiempo, los judíos murmuraban de Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían:

«¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?» Jesús tomó la palabra y les dijo:

«No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día.

Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”.

Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí.

No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Con permiso de santo Tomás...

Siento la perdigonada que me dispongo a soltar tras los dos puntos: *Quando vero iam ex se non habet aliquem motum, sed movetur tantum ab alio, tunc dicitur animal mortuum, per defectum vitae.* Espero no haber causado víctimas. Son palabras de la Suma Teológica de santo Tomás. Y vienen a decir que, cuando un animal no puede moverse por sí mismo, sino que tiene que ser movido por otros, el bicho está muerto.

Venero a santo Tomás. Pero pensaré que esas palabras están dichas para los bichos, humanos incluidos. Y que tienen una milagrosa excepción en un humano

que es perfecto hombre y el Hijo de Dios. *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

La Hostia que habita entre mis dedos en cada misa no se mueve por sí misma. Y tiene que ser movida por mí. «¡Pero si pareces un pobre inválido, Jesús! ¡Si hasta para bendecir a tu rebaño tengo yo que llevarte de la mano!».

Pero está vivo. Tan vivo, que Él es la vida. Tan vivo que, si no lo comulgo, soy yo el que muero, aunque siga moviéndome por mí mismo.

Quisiera hablar de esto con santo Tomás. Me diría cosas preciosas.

12 de agosto

(Lunes de la 19ª semana del Tiempo Ordinario) – San Aniceto

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 17, 22-27

En aquel tiempo, mientras Jesús y los discípulos recorrían juntos Galilea, les dijo: «Al Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, lo matarán, pero resucitará al tercer día».

Ellos se pusieron muy tristes.

Cuando llegaron a Cafarnaún, los que cobraban el impuesto de las dos dracmas se acercaron a Pedro y le preguntaron:

«¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?».

Contestó:

«Sí».

Cuando llegó a casa, Jesús se adelantó a preguntarle:

«¿Qué te parece, Simón? Los reyes del mundo, ¿a quién le cobran impuestos y tasas, a sus hijos o a los extraños?».

Contestó:

«A los extraños». Jesús le dijo:

«Entonces, los hijos están exentos. Sin embargo, para no darles mal ejemplo, ve al mar, echa el anzuelo, coge el primer pez que pique, ábrele la boca y encontrarás una moneda de plata. Cógela y págales por mí y por ti».

El paraíso fiscal

Puede parecer un milagro «superfluo». ¿Por qué iba Jesús a servirse de su poder de Dios para pagar un impuesto? Si se prodigara en gestos como ése, acabaría el Señor convirtiendo a la Iglesia en un «paraíso fiscal». Pero lo que parece superfluo, cuando sale de las manos del Señor, abre ventanas por las que nos invade la luz del Cielo. En las entrañas del pez que Simón pescó en Cafarnaún se escondía algo más que un tributo al Emperador.

Dice san Pablo que Cristo, por nosotros, tomó la condición de esclavo y se humilló a sí mismo, hecho obediente

hasta la muerte, y una muerte de Cruz (Flp 2, 8). Y aunque, según sus propias palabras, *los hijos están exentos*, Jesús se sometió a las leyes humanas, pagó los impuestos de los siervos, y se dejó juzgar y condenar por Pilato hasta morir crucificado.

Cógela, y págales por ti y por mí. No podía redimirnos, si primero no se sometía. Pero ese Cristo obediente hasta la Cruz, como aquel pez, lleva en sus entrañas el precio de nuestro rescate. La sangre que brotó de su costado, ofrecida a su Padre por nosotros, la entregamos como precio en cada misa.

13 de agosto

(Martes de la 19ª semana del Tiempo Ordinario)

Santos Hipólito y Ponciano

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 18, 1-5. 10. 12-14

En aquel momento, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?». Él llamó a un niño, lo puso en

medio y dijo:

«En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos. El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí.

Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial.

¿Qué os parece? Suponed que un hombre tiene cien ovejas: si una se le pierde, ¿no deja las noventa y nueve en el monte y va en busca de la perdida? Y si la encuentra, en verdad os digo que se alegra más por ella que por las noventa y nueve que no se habían extraviado.

Igualmente, no es voluntad de vuestro Padre que está en el cielo que se pierda ni uno de estos pequeños».

Parábola del niño perdido

La versión que san Mateo nos transmite de la parábola de la oveja perdida difiere de la de san Lucas. Allí, la oveja perdida es el pecador. En Mateo, sin embargo, es un niño. Por eso, tras pronunciar la parábola, Jesús añade: *Igualmente, no es voluntad de vuestro Padre que está en el cielo que se pierda ni uno de estos pequeños.* En este caso, la parábola de la oveja perdida es la parábola del niño perdido.

¿A qué niño se refiere? *Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.* Se refiere a ti, al niño que fuiste.

Al niño que se fiaba de sus padres (antes de que te decidieras que ya eras mayorcito y tus padres no te entendían), al niño que obedecía (antes de que comenzases a hacer lo que da la gana), al niño que preguntaba y aprendía (antes de que creyeras que lo sabes todo), al niño que dependía para todo de papá y mamá (antes de que declarases tu independencia).

Busca a ese niño perdido... Y átalos a Dios como estuvo entonces atado, con lazos de amor y obediencia, a sus padres. Así te salvarás.

14 de agosto

(Miércoles de la 19ª semana del Tiempo Ordinario)

San Maximiliano María Kolbe

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 18, 15-20

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Si tu hermano peca contra ti, repréndelo estando los dos a solas. Si te hace

caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano. En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en los cielos.

Os digo, además, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

La oración de dos

La oración de uno es muy valiosa. La oración de dos es omnipotente.

Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos.

El propio Jesús, cuya plegaria, elevada desde la Cruz, tenía poder para redimir al género humano, quiso tener a su lado a la Virgen, cuya súplica llena de dolor rasgó los cielos unida a la de su Hijo. Así nos enseñó que la oración de petición nunca es algo personal o íntimo, sino batalla de amor a Dios y al prójimo.

Cuando alguien te diga: «pide por mí», respóndele: «pide tú también; así seremos dos».

Por eso, el santo rosario, rezado en familia, tiene un valor incalculable; muy especialmente, cuando ponéis intenciones a los misterios.

Y, por el mismo motivo, hacéis muy bien cuando encargáis misas por vuestras intenciones, y os unís a ellas con fervor.

La oración de dos no puede ser despreciada por Dios. Y si añadís, además, algún pequeño sacrificio, adelantaréis su cumplimiento.

Lo único malo que pudiera sucederte es que dudes de la eficacia de esa oración. No te lo permitas, que te lo ha garantizado el propio Señor.

15 de agosto

(La Asunción de la Virgen María)

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 1, 39-56

En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisá hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y levantando la voz, exclamó:

«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!
¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».

María dijo:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor, “se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava”.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: “su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”.

Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia” – como lo había prometido a “nuestros padres” – en favor de Abrahán y su descendencia por siempre».

María se quedó con Isabel unos tres meses y volvió a su casa.

¡Bendito cuerpo, benditos miembros!

He celebrado la Misa de cuerpo presente por una feligresa. Minutos antes, estuve velando sus restos. Y no cesaba de admirarme ante el misterio de ese cuerpo. Esos labios habían recibido, hace dos días, el cuerpo eucarístico de Cristo. Esas manos habían desgranado miles de veces las cuentas del rosario. Esas piernas habían recorrido cada día el camino que separaba su casa del templo... Ese cuerpo –me decía a mí mismo– necesariamente, tiene que resucitar cuando haya pagado sus sábados. Sí. Hay sábados que pagar. Esos labios, esas manos, esas piernas, también pecaron.

¡Bendito cuerpo, el de María Santísima! El rostro de la Inmaculada es el

rostro más hermoso que jamás poseyó mujer alguna. Su vientre fue santuario donde el Verbo Divino habitó. Sus pechos fueron alimento del Niño Dios. Sus manos vistieron con cariño a su Creador. Y jamás esos miembros ofendieron al Altísimo. Todo es pureza en ellos.

¡Cómo iba a ser pasto de gusanos un cuerpo que hizo las delicias de los ángeles! Ellos lo llevaron al Cielo, a donde pertenecía. Y nosotros, llenos de alegría, vemos en ese tránsito la dignidad que, como hijos de Dios y de María, heredaremos gozosos cuando hayamos pagado nuestros sábados.

16 de agosto

(Viernes de la 19ª semana del Tiempo Ordinario) – San Roque

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 19, 3-12

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos fariseos y le preguntaron, para ponerlo a prueba: «¿Es lícito a uno repudiar a su mujer por cualquier motivo?». El les respondió:

«¿No habéis leído que el Creador, en el principio, los creó hombre y mujer, y dijo: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne”? De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».

Ellos insistieron:

«¿Y por qué mandó Moisés darle acta de divorcio y repudiarla? ». Él les contestó:

«Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero, al principio, no era así. Pero yo os digo que, si uno repudia a su mujer - no hablo de unión ilegítima - y se casa con otra, comete adulterio».

Los discípulos le replicaron:

«Si esa es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse». Pero él les dijo:

- «No todos entienden esto, solo los que han recibido ese don. Hay eunucos que salieron así del vientre de su madre, a otros los hicieron los hombres, y hay quienes se hacen eunucos ellos mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender, entienda».

Sólo trae cuenta si cuentas bien

«Chicos, esto es una locura. Ya veo que estáis enamoradísimos, pero ¿de verdad creéis que vais a seguir mirándoos así dentro de veinte años? Mira, niño, como sigas remirando el lunar que tu pichurrita tiene junto a la boca, un día te darás cuenta de que es una verruga, y de que la verruga tiene pelos. Y tú, niña, a ver si sigues pensando que tu pichurrito

es un príncipe cuando descubras que ronca como un hipopótamo. ¿En serio queréis entregaros la vida ante Dios uno al otro hasta la muerte? ¿Estáis seguros de poder mantener ese juramento dentro de veinte años?».

Los discípulos le replicaron: «Si esa es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse». ¡Puro realismo!

Si cuentas sólo con la inconstancia y la veleidad del corazón humano, no trae cuenta.

No todos entienden esto, solo los que han recibido ese don. No os digo que no soñéis con el amor eterno ¡Soñadlo, que

es un anhelo santo del corazón humano! Pero no creáis que saldrá de vosotros. Pedídselo a Dios cada día, vivid unidos a Él. Y Él os concederá amaros con una fuerza y una juventud que ni siquiera imagináis. Puro realismo.

17 de agosto

(Sábado de la 19ª semana del Tiempo Ordinario) – San Eusebio, Papa

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 19, 13-15

En aquel tiempo, le presentaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y orase, pero los discípulos los regañaban.

Jesús dijo:

«Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el reino de los cielos». Les impuso las manos y se marchó de allí.

La puerta de los niños

Me hace gracia el modo en que los apóstoles, preocupados por el descanso de Jesús, formaban, en torno a Él, un anillo de seguridad. Digo que me hace gracia por ese empeño de los Doce en cuidar del Maestro. Pero siempre me han parecido antipáticos los anillos de seguridad.

Dejadlos; no impidáis a los niños acercarse a mí. De los que son como ellos es el reino de los cielos.

Aunque la puerta es estrecha, los niños tienen libre acceso a Jesús, porque ellos no llevan equipaje. Las personas mayores se aproximaban con problemas, enfermedades, inquietudes, preguntas... No todos pudieron

acercarse.

Los niños, sin embargo, no tenían otro deseo que la propia alegría de estar con Jesús. No le pedían nada. Aunque sus padres los llevaban para que Jesús les impusiera las manos y orase, los pequeños, simplemente, se echaban en brazos del Señor y se dejaban bendecir. ¡Qué bien conocemos a esos niños los sacerdotes cuando, finalizada la misa, entran en la sacristía!

En el niño parece cumplirse el salmo: *Sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón (Sal 37, 4)*. Acércate a Jesús con esas disposiciones, y siempre encontrarás la puerta abierta.

18 de agosto

(20º domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 6,51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Vacaciones en el mar

A Facundo y Hortensia les han regalado sus hijos un crucero por las islas griegas para celebrar sus bodas de oro. Pero, al leer el programa, se dan cuenta de que el domingo van a pasarlo sobre las olas. Así pues, deciden consultar a su párroco, don Heliodoro, muy recto él. Y don Heliodoro, muy recto él, les dice: «Si no tenéis posibilidad de ir a misa, no cometéis pecado. Haced una comunión espiritual». ¡Buen consejo! Supongo que inevitable. Aunque, desde luego, acertado.

Pero yo sé que a don Heliodoro, muy recto él, le gustó el crucero de Cipriano y Argimira:

A Cipriano y Argimira les han regalado sus hijos un crucero por las islas griegas para celebrar sus bodas de oro. Lo están pasando mal, porque no quisieran entristecer a sus hijos. Pero le confiesan a don Heliodoro: «Mire, padre, a nosotros eso de pasar una semana entera lejos de un sagrario nos parece tristísimo. Ni siquiera podemos soportar un día sin comulgar. ¿Pecamos si les decimos a nuestros hijos que nos regalen otra cosa?».

El que me come vivirá por mí. Entendido, hijitos: hay personas para quienes eso de comulgar a diario es cuestión de vida o muerte.

19 de agosto

(Lunes de la 20ª semana del Tiempo Ordinario) – San Juan Eudes

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 19, 16-22

En aquel tiempo, se acercó uno a Jesús y le preguntó:

«Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?».

Jesús le contestó:

«¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es Bueno. Mira, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos».

Él le preguntó:

«¿Cuáles?». Jesús le contestó:

«No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo».

El joven le dijo:

«Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?».

Jesús le contestó:

«Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres – así tendrás un tesoro en el cielo – y luego ven y sígueme».

Al oír esto, el joven se fue triste, porque era muy rico.

El chico majo del Ferrari

El joven rico simboliza lo más granado de la antigua alianza. Y su incapacidad para seguir al Señor es la impotencia de la antigua ley para alcanzar la gracia.

¿Qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna? Para un judío de tiempos de Jesús, la vida eterna es el premio otorgado por Dios tras una vida consagrada al cumplimiento de la Ley. Pero, en esta vida, la bendición del justo es la prosperidad temporal: riquezas, hijos y largos años sobre la tierra. Él, que era rico, se sentía bendecido, y explicaba el motivo: *Todo eso lo he cumplido.* ¡Qué

lejos estaba del Crucifijo!

Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres – así tendrás un tesoro en el cielo – y luego ven y sígueme. Jesús le invita a dar el salto, de la Ley, a la gracia. La perfección a la que le llama es la santidad. Por eso le anima a arrancar su corazón de los bienes terrenos para llenarlo, ya hoy, de tesoros de cielo.

El joven se fue triste, porque era muy rico. Prefirió gozar aquí del Ferrari y esperar a la muerte para gozar de Dios. ¡Qué miedo!

20 de agosto

(Martes de la 20ª semana del Tiempo Ordinario) – San Bernardo

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 19, 23-30

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos:

«En verdad os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Lo repito: más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de los cielos».

Al oírlo, los discípulos dijeron espantados:

«Entonces, ¿quién puede salvarse?».

Jesús se les quedó mirando y les dijo:

«Es imposible para los hombres, pero Dios lo puede todo». Entonces dijo Pedro a Jesús:

«Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?». Jesús les dijo:

«En verdad os digo: cuando llegue la renovación, y el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, mujer, hijos o tierras, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.

Pero muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros».

El poeta y el apóstol

He leído cientos de veces el poema: «No me mueve, mi Dios, para quererte el Cielo que me tienes prometido (...) Que aunque no hubiera Cielo yo te amara». Y, cada vez que lo leo, se me llena de luz el alma con ese amor puro, reflejo limpiísimo del Amor desinteresado con que ama Dios.

Pero eso no me impide comprender a Simón Pedro cuando pregunta: «¿Qué hay de lo mío?» *Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?* Algún puritano le reprendería, y quizá le leyera el poema para recordarle que debe amar sin esperar nada a cambio.

El Señor, sin embargo, no parece

disgustado por la pregunta. Incluso le responde, y le promete un trono, una retribución del ciento por uno, y la vida eterna. No está mal.

«Que aunque no hubiera Cielo yo te amara»... Pero, como lo hay, te pido. Somos hijos de Dios. No tengamos miedo a pedir recompensa, si la pedimos con humildad. No hay nada malo en convertir en súplicas nuestras renunciaciones. «Jesús, esto te lo ofrezco por...» ¿Cómo no va a entendernos quien, al entregarse a su Padre, le pidió, a cambio, nuestras almas?

21 de agosto

(Miércoles de la 20ª semana del Tiempo Ordinario) – San Pío X

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 20, 1-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

«El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña.

Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido”.

Ellos fueron.

Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo.

Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?”.

Le respondieron:

“Nadie nos ha contratado”.

Él les dijo:

“Id también vosotros a mi viña”.

Cuando oscureció, el dueño de la viña dijo al capataz:

“Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros”.

Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno.

Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo:

“Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno”.

Él replicó a uno de ellos:

“Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”

Así, los últimos serán los primeros y los primeros, últimos».

Porque Tú eres bueno

Hay una clave escondida en la parábola de los empleados en la viña. Cuando,

al finalizar la jornada, los contratados a primera hora se quejan por haber cobrado lo mismo que sus compañeros llamados al atardecer, el propietario de la viña responde: *¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?* Así sabemos que ese propietario es Dios. *Nadie es bueno sino sólo Dios (Lc 18, 19).*

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Sal 106, 1). Por eso nos paga. No nos paga porque hayamos merecido recompensa; nos paga porque Él es bueno. Y cada día nos entrega ese

denario bendito que jamás hubiéramos podido comprar con nuestro trabajo. La fila de los empleados que se acercan a por el salario es, ni más ni menos, la fila de los fieles que se acercan a comulgar de manos del sacerdote.

¡Qué gran denario es la Eucaristía! Cada día lo cobramos quienes queremos convertir la jornada en trabajo para Dios. Y Él, que tanto nos ama, nos entrega su cuerpo *porque es bueno, porque es eterna su misericordia.* No me da envidia que comulgue quien se ha confesado hace cinco minutos. Me llena de alegría.

22 de agosto

(Santa María, Reina de Cielos y Tierra)

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel:

«¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?». El ángel le contestó:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, "porque para Dios nada hay imposible". María contestó:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra». Y el ángel se

retiró.

Esclava y Reina

Divinos contrastes. Si preguntas a la santísima Virgen: «¿Quién eres?», ella te responde: *He aquí la esclava del Señor.* Ahora preguntémosle a san Juan por esa esclava, y nos responderá: *Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza (Ap 12, 1).*

Una mujer vestida de sol. Y el sol es Cristo. Dice el Apóstol: *Revestios más bien del Señor Jesucristo (Rom 13, 14).* María es la llena de gracia. Y esa gracia es fruto adelantado de la Pasión de Jesús. Por eso, antes de concebir al

Verbo en su vientre, ya estaba su alma revestida de santidad.

La luna bajo sus pies. Esa luna es la Iglesia, reflejo de la luz de Cristo. Pero es, también, tu alma. ¿No quisieras pasar la vida a los pies de la Señora? ¿No quisieras ser el esclavo de la esclava?

Una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Son las doce tribus de Israel. Pero, también, los doce apóstoles. Esa corona se la ha entregado su Hijo. Y ella se la entregará a las almas fieles que descansen, como niños, eternamente en su regazo.

23 de agosto

(Viernes de la 20ª semana del Tiempo Ordinario)

Santa Rosa de Lima

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 22, 34-40

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, se reunieron en un lugar y uno de ellos, un doctor de la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba:

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?».

Él le dijo:

«"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente". Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él:

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas».

Muy por encima de la Ley y los profetas

A Moisés le entregó Dios la Ley en lo alto de un monte. Y a ese monte subía quien cumpliera aquellos preceptos. Una vez alcanzada la cima, allí esperaba al

Mesías el judío observante.

«Amarás al Señor, tu Dios, con toda tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente». Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas.

Pero la ley y los profetas llegan hasta Juan (Lc 16, 16). Al cristiano se le da más, y se le pide más, porque el cristiano recibe el Espíritu que aún no había sido derramado en tiempos de Moisés.

Amamos a Dios con todo el corazón de Cristo, con toda el alma de Cristo, con toda la mente de Cristo. Y amamos al prójimo según el Mandamiento Nuevo, como Cristo nos amó.

Para amar así, para ser elevados tan por encima de la Ley, no basta con vivir en gracia; es preciso vivir de la gracia, tener verdadera vida espiritual. Nuestra oración debe identificarnos con Cristo de tal manera que sea Él quien ame en nosotros.

24 de agosto

(San Bartolomé, apóstol)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1, 45-51

En aquel tiempo, Felipe encuentra a Natanael y le dijo:

«Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret».

Natanael le replicó:

«¿De Nazaret puede salir algo bueno?».

Felipe le contestó:

«Ven y verás».

Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él:

«Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño».

Natanael le contesta:

«¿De qué me conoces?».

Jesús le responde:

«Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi».

Natanael respondió:

– «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel».

Jesús le contestó:

«¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores». Y le añadió:

«En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios

subir y bajar sobre el Hijo del hombre».

Cristo como meta

El joven rico se acercó a Jesús buscando heredar vida eterna. Cristo, para él, era una ayuda más, un maestro que podía ayudarlo a encontrar lo que deseaba. Lo mismo puede decirse de gran parte de los enfermos que se acercaban al Señor; buscaban salud, y Jesús era el médico que podía devolvérsela. Todas estas personas tenían una meta en la vida, y veían en el Hijo de Dios a alguien que podría ayudarles a conseguirla. Cristo era, para ellos, lo que es para mí el dependiente de la frutería: aquél que puede proporcionarme lo que necesito.

Aquel de quien escribieron Moisés en

la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret. ¡He aquí la grandeza de Felipe, de Bartolomé, de Juan...! Para ellos, Jesús representa el final de la búsqueda. No buscan algo distinto de Él y le piden ayuda para encontrarlo, sino que lo buscan a Él. Una vez hallado, han alcanzado la meta y descansan en Él. Lo mismo le sucedió a Edith Stein, quien, al conocer al Señor, exclamó: «¡Aquí está la verdad!». Fin de trayecto.

Ojalá, al acercarte a Jesús, no lo busques sino a Él. Y, al encontrarlo, descanses.

25 de agosto

(21er. domingo del Tiempo Ordinario –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Juan 6,60-69

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús, dijeron:

«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?» Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

«¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, hay algunos de vosotros que no creen».

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo:

«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?».

Simón Pedro le contestó:

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Creo en Ti

¿Qué es la fe?

¿Crees que consiste en poner una muesca en todas las proposiciones del Credo y decir: «vale, me lo creo»?

¿Crees que consiste en «estar a favor» de Jesucristo y su Iglesia?

¿Crees que consiste en vivir «como si» todo lo que dice el Evangelio fuera verdad, esperando heredar la vida eterna tras la muerte?

No digo que no haya fe en esas actitudes, pero ninguna de ellas define la fe. La fe consiste, principalmente, en ver en Cristo al Hijo de Dios, fiarte de Él, y poner tu vida en sus manos irremediabilmente.

—¿También vosotros queréis marcha-

ros? — Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.

¡Bendito Simón! Con sus palabras, viene a decir: «No comprendo lo que has dicho, pero me fío de ti». Más adelante, el Espíritu le haría entender.

Cuando alguien me dice: «Creo en Jesucristo, pero no creo en los curas», siempre respondo: «Haces muy bien. Yo, que soy cura, tampoco creo en los curas. Pero creo en un Jesucristo tan bueno y poderoso que hasta se sirve de los curas para guiar y alimentar a su pueblo».

26 de agosto

(Lunes de la 21ª semana del Tiempo Ordinario)

Santa Teresa de Jesús Jornet

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 23, 13-22

En aquel tiempo, Jesús dijo:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que viajáis por tierra y mar para ganar un prosélito, y cuando lo conseguís, lo hacéis digno de la “gehenna” el doble que vosotros!

¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: “Jurar por el templo no obliga, jurar por el oro del templo sí obliga”! ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro o el templo que consagra el oro?

O también: “Jurar por el altar no obliga, jurar por la ofrenda que está en el altar sí obliga” ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda o el altar que consagra la ofrenda? Quien jura por el altar, jura por él y por quien habita en él; y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y también por el que está sentado en él».

Un tapón en las puertas del Cielo

Jesús reprocha a los fariseos que han formado un «tapón» en las puertas del cielo. La ley los ha llevado hasta la Cruz, señalada por Cristo en el Sermón de la Montaña. Pero ellos no han querido dar el paso, se han quedado renegando en esa puerta, e impiden cruzar a los demás.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren.

Podríamos darle la vuelta a la frase. Si los fariseos, al negarse a entrar por aquella puerta estrecha, impidieron el paso a muchos judíos, también es

verdad que Cristo, al cruzar aquella puerta santa de la Cruz, la abrió para los santos.

Ahora nos toca a nosotros; a ti y a mí. Porque yo soy sacerdote, y tengo almas encomendadas a mi cuidado (por eso nos llamáis «curas», porque tenemos cura de almas). Pero tú tienes familia, amigos, compañeros de trabajo que el Señor ha puesto cerca de ti para que los guíes hacia Él. Y no bastará con que señalemos la puerta y digamos: «¡Por allí!». Debemos cruzarla, entregar generosamente nuestras vidas, para que ellos la crucen con nosotros.

27 de agosto

(Martes de la 21ª semana del Tiempo Ordinario) – Santa Mónica

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 23, 23-26

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más grave de la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad!

Esto es lo que habría que practicar, aunque sin descuidar aquello.

¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno! ¡Fariseo ciego!, limpia primero la copa por dentro, y así quedará limpia también por fuera».

Lo que haces y lo que eres

Un principio filosófico elemental dice que «operari sequitur esse». En español: «El obrar sigue al ser». El ladrón roba, el mentiroso miente, el generoso entrega y el miedoso tiembla. Aunque las cosas no siempre son tan sencillas. En ocasiones,

el «esse» es retorcido y el «operari» engañoso.

¡Fariseo ciego! Limpia primero la copa por dentro, y así quedará limpia también por fuera.

Lo de fuera es el «operari», lo que

hacemos, lo que los demás ven de nosotros. Lo de dentro es el «esse», lo que realmente somos. Aquellos fariseos lucían el «operari» de los santos: rezaban, daban limosnas, cuidaban los preceptos de la Ley... pero escondían el «esse» de los demonios: *por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno.*

Limpia primero la copa por dentro.
No más latinajos. Cuando examines tu conciencia, no te conformes con mirar

lo que has hecho o dejado de hacer; mira en lo profundo del corazón. Porque, aunque hayas llenado el día de obras buenas, si eres soberbio lo habrás hecho todo por aparentar o por sentirte bueno. Y, aunque hayas fracasado en todos tus propósitos, si eres humilde, tu contrición agradará mucho a Dios.

Sólo el Espíritu puede transformarte por dentro. Déjate quemar.

28 de agosto

(Miércoles de la 21ª semana del Tiempo Ordinario) – San Agustín

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 23, 27-32

En aquel tiempo, Jesús dijo:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros blanqueados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos y podredumbre; lo mismo vosotros: por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y crueldad.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y ornamentáis los mausoleos de los justos, diciendo: “Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no habríamos sido cómplices suyos en el asesinato de los profetas!” Con esto atestiguáis en vuestra contra, que sois hijos de los que asesinaron a los profetas. ¡Colmad también vosotros la medida de vuestros padres!».

El sepulcro, la mona y la esposa del César

El sepulcro blanqueado es el símbolo de la hipocresía: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros blanqueados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de podredumbre.* En español, tenemos también a la mona vestida de seda, pero viene a ser lo mismo: adecantar por fuera lo que está

sucio por dentro, y que parezca refinado lo que, realmente, es grosero.

Lo contrario al sepulcro es el sagrario, que alberga vida en lugar de muerte. Y lo contrario al sepulcro blanqueado es el Crucifijo, cubierto por fuera de infamia, y limpieza de Dios por dentro.

Tú debes ser un sagrario; tu alma en gracia debería estar llena de cie-

lo. Pero, en ocasiones, tendrás que elegir entre el sepulcro blanqueado y el Crucifijo.

Segundo refrán del día: Aunque la esposa del César no sólo debe ser buena, sino parecerlo, no siempre es posible elegir ambas cosas. En algunas

ocasiones, si haces el bien, serás ultrajado y, si deseas aparentar, tendrás que pecar. Si los demonios intuyen que tu corazón está limpio, querrán cubrirte de inmundicia por fuera. Pero es lo más que pueden hacer. Al corazón no pueden entrar, si no les abres.

29 de agosto

(El martirio de san Juan Bautista)

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 6, 17-29

En aquel tiempo, Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel, encadenado.

El motivo era que Herodes se había casado con Herodías, mujer de su hermano Filipo, y Juan le decía que no le era lícito tener la mujer de su hermano.

Herodías aborrecía a Juan y quería quitarlo de en medio; no acababa de conseguirlo, porque Herodes respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre honrado y santo, y lo defendía. Cuando lo escuchaba, quedaba desconcertado, y lo escuchaba con gusto.

La ocasión llegó cuando Herodes, por su cumpleaños, dio un banquete a sus magnates, a sus oficiales y a la gente principal de Galilea.

La hija de Herodías entró y danzó, gustando mucho a Herodes y a los convidados. El rey le dijo a la joven:

«Pídeme lo que quieras, que te lo doy».

Y le juró:

«Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino».

Ella salió a preguntarle a su madre:

«¿Qué le pido?»

La madre le contestó:

«La cabeza de Juan, el Bautista».

Entró ella en seguida, a toda prisa, se acercó al rey y le pidió:

«Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan, el Bautista».

El rey se puso muy triste; pero, por el juramento y los convidados, no quiso desairarla. En seguida le mandó a un verdugo que trajese la cabeza de Juan.

Fue, lo decapitó en la cárcel, trajo la cabeza en una bandeja y se la entregó a la joven; la joven se la entregó a su madre.

Al enterarse sus discípulos, fueron a recoger el cadáver y lo enterraron.

El silencio de Juan

Juan Bautista murió con apenas treinta años. La mayor parte lo pasó escondido en el desierto. Y sólo durante los últimos meses, cuando estaba por aparecer el Cordero de Dios, gritó a pleno pulmón su anuncio junto al Jordán. Bautizó a muchos judíos, congregó a muchos discípulos y cuando, por fin, pudo señalar con el dedo al Mesías su voz se apagó para dar paso a la Palabra. No se apagó, la apagaron. Su cabeza fue separada de su cuerpo y entregada a una mujer que lo odiaba con todas sus fuerzas porque Juan había puesto en evidencia su pecado.

El silencio de Juan fue preludeo del silencio de Cristo. Tres años más tarde,

el Mesías por él señalado fue también asesinado, y la Palabra encarnada resultó ahogada en las tinieblas de la muerte.

Ni Juan convirtió a Herodías con su palabra, ni Cristo logró, con su predicación, cambiar los corazones de los hombres. Pero la sangre del Bautista y su silencio anunciaron aquella sangre y aquel silencio que redimieron al género humano.

Ése es tu camino. Y el mío. Debemos gritar el nombre de Cristo. Pero la verdadera eficacia de ese anuncio se despliega cuando los hombres nos callan.

30 de agosto

(Viernes de la 21ª semana del Tiempo Ordinario)

Santa Juana Jugan

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 25, 1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

«El reino de los cielos se parece a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a encuentro del esposo.

Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes.

Las necias, al tomar las lámparas, no se provieron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas.

El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.

A medianoche se oyó una voz:

“¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”

Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas.

Y las necias dijeron a las sensatas:

“Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”.

Pero las prudentes contestaron:

“Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”.

Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.

Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”.

Pero él respondió:

“En verdad os digo que no os conozco”.

Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

La tienda de «todo a 0»

«¿Cuánto es?». Me lo preguntan a menudo. Personas que vienen a encargar misas, novios que vienen a casarse, padres que solicitan el bautismo para sus hijos... Muchos de ellos, antes de marcharse, preguntan lo mismo que en el bar después de tomar un café: «¿Cuánto es?». Yo siempre les respondo que no somos un comercio, que no vendemos nada, que dejen, si lo desean, un donativo según sus posibilidades.

Pero ahora viene la parábola y me quita la razón. Le dicen las vírgenes sensatas a las necias, cuando éstas les piden que compartan su aceite: *Mejor es que vayáis a la tienda y os*

lo compréis. Y esa tienda es la Iglesia, donde se distribuye ese aceite divino de la gracia que mantiene encendida la lámpara del alma.

Me gusta la traducción española. Somos tienda, la «Tienda de Yahweh», más que aquella en la que Moisés hablaba cara a cara con Dios. Entregamos la gracia a cambio de nada. Tan sólo es necesario que quien la solicita traiga las debidas disposiciones.

Entended a las vírgenes sensatas. No podéis contagiar la gracia como si fuera un virus. Enviad almas a la tienda, al confesonario. Y acudid también vosotros, que lo necesitáis.

31 de agosto

(Sábado de la 21ª semana del Tiempo Ordinario)

San Ramón Nonato

Lectura del santo Evangelio según san Mateo 25, 14-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

- «Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus siervos y los dejó al cargo de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó.

El que recibió cinco talentos fue en seguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos.

En cambio, el que recibió uno fue a hacer un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo viene el señor de aquellos siervos y se pone a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo:

- “Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco.” Su señor le dijo:

- “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”.

Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo:

- “Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos”.

Su señor le dijo:

- “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”.

Se acercó el que había recibido un talento y dijo:

- “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo.” El señor le respondió:

- “Eres un empleado negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil echadle fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y rechinar de dientes”».

La cuenta de resultados

Hay personas que se agobian con esta parábola: *Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco.* Piensan que tienen que llegar a la muerte

con una «cuenta de resultados» exitosa y, conforme envejecen, al no ver frutos de su vida, se atemorizan.

«He educado a mis hijos en la fe, y

ninguno de ellos va a misa. Mis nietos siguen sin bautizar. He hablado de Dios a muchas personas, pero ninguna ha querido acercarse a la Iglesia. He fracasado en todo»... ¿Qué le dices a una persona como ésta? Para empezar, que también yo hubiera querido que saliera de mi parroquia alguna vocación sacerdotal.

Y, para seguir, que las cosas de Dios no funcionan así. ¿Qué presentó Cristo a su Padre al salir de este mundo?

Fracaso, humillación e injurias. A su madre, a otras tres mujeres, y a Juan. ¿Te parece una «cuenta de resultados» digna del Hijo de Dios? Pero cuando el grano de trigo murió, fue enterrado y resucitó, estalló una primavera de frutos que llenó el Orbe y la Historia.

No hay trabajo realizado por Dios que quede sin fruto. Pero esos frutos, muchas veces, sólo podrás verlos desde *el gozo de tu Señor.*

FEBRERO

1 de febrero

(Jueves de la 4ª semana del Tiempo Ordinario) – Santa Brígida

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 6, 7-13

En aquel tiempo, Jesús llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevarsen sandalias, pero no una túnica de repuesto.

Y decía:

«Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos». Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Te quiere cerca para enviarte lejos

Con ocasión de un viaje de san Juan Pablo II a nuestro país, me alegré, hablando con un amigo, de que el Papa fuera a llenar de jóvenes todo un estadio de fútbol con cabida para más de cien mil personas. Y mi amigo, que veía más lejos que yo, me respondió: «No es suficiente. No se trata de llenar el Bernabéu, sino de llenar el mundo». Me dejó sin palabras. Tenía toda la razón. Nunca he olvidado esa respuesta.

Jesús llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos. Jesús los congrega en torno a Él y, cuando están

congregados, los envía. Los quiere cerca para enviarlos lejos. Los convoca en el templo para, terminada la Misa, enviarlos al mundo.

¿No lo notas? Cuando entras en la iglesia para orar ante el sagrario, y el Señor te mira con ese cariño, te sientes muy querido, y sabes que a Jesús le agrada que estés allí. Pero, conforme se cumple el tiempo de la oración, el corazón, como empujado por el Amigo, se quiere escapar. ¡Hay tanta gente necesitada de Dios allí fuera! ¡Llévalas la buena noticia! Que no queremos llenar el templo, sino llenar el mundo.

31 de enero

(Miércoles de la 4ª semana del Tiempo Ordinario) – San Juan Bosco

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 6, 1-6

En aquel tiempo, Jesús se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada:

«¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?». Y se escandalizaban a cuenta de él.

Les decía:

«No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa».

No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

Mejor que Betania, Nazaret

Quizá sea una de las frases más tristes de Jesús: *No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa.* Uno imagina el profundo dolor del Señor al verse despreciado entre sus parientes, sus vecinos, sus amigos de la infancia... ¿No deberían ser ellos, precisamente, quienes más cariño le dieran y quienes con más calor lo acogieran? Sin embargo, allí donde Jesús podría esperar más amor, encontró frialdad y desprecio. Recuerdan mucho esas palabras a las pronunciadas, entre lágrimas, sobre Jerusalén, la ciudad mimada y escogida por Dios como morada de su Nombre que acabó crucificando al Hijo que Dios les enviaba.

Ojalá pudiéramos darle la vuelta a aquella frase de Jesús. Ojalá lográsemos hacerle decir: «Donde más me quieren, donde mejor me tratan, es en mi tierra, entre mis parientes y en mi casa». Porque nosotros somos ahora su tierra, somos sus hermanos y somos –debemos ser– su hogar. Y cuando el Señor, en cada misa, descendiendo al altar, debería sentirse tan querido que nuestras comuniones fueran su descanso. Decimos a menudo que quisiéramos ser Betania. Hoy lo diré de otra forma: quisiéramos ser lo que Nazaret no fue para Jesús: su hogar.

ENERO

1 de enero

(Santa María Madre de Dios)

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 2, 16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo hacia Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño.

Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto; conforme a lo que se les había dicho.

Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Grandeza y pequeñez de todo un Dios

En el año 431 tuvo lugar el Concilio de Éfeso, en el que se proclamó a María Madre de Dios. Fue la respuesta a la herejía de Nestorio, a quien le escandalizaba que una mujer pudiera alcanzar semejante dignidad.

Pero Nestorio se equivocaba en su escándalo. Lo realmente asombroso no es que una criatura hubiera resultado tan ensalzada, sino que Dios se haya abajado tantísimo por Amor.

La grandeza de Dios hace temblar. Su poder, por el que creó todo de la nada; la majestad con que abrió las aguas del Mar Rojo ante los hebreos; la voz divina que reventaba los tímpanos en

el Sinaí... ¿Cómo podría un hombre acercarse a semejante grandeza sin caer fulminado? Nadie puede ver a Dios sin morir.

La pequeñez de Dios, sin embargo, hace llorar. Y así lloraba la Virgen, emocionada mientras *conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*. Veía al Dios del Sinaí convertido en niño y temblando de frío, entregado a sus brazos en busca de cariño y protección. Lo ves tú, lo veo yo, humillado en la Hostia y entregado a nosotros en alimento. ¡Pero cómo, Dios mío, has podido caer tan bajo! ¿Tanto nos amas? ¿Y no lloramos?

2 de enero

Santos Basilio y Gregorio

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1, 19-28

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a que le preguntaran:

«¿Tú quién eres?».

Él confesó y no negó; confesó:

«Yo no soy el Mesías». Le preguntaron:

«¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?».

Él dijo: «No lo soy».

«¿Eres tú el Profeta?».

Respondió: «No».

Y le dijeron:

«¿Quién eres, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?».

El contestó:

«Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías».

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron:

«Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?».

Juan les respondió:

«Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

Un pozo sin fondo

Hoy, mientras contemplamos al Niño Dios, todas las criaturas, como haciendo un coro, y rendidas ante el Misterio, se unen a la voz de Juan y proclaman:

Yo no soy el Mesías... No lo soy... No... En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.

Escucha esas voces, y no lo olvides nunca: No nos salvará criatura alguna.

Deja de buscar salvación en el afecto de los hombres, o en el dinero, o en el trabajo, porque nada de eso puede llenar tu corazón.

Hay uno que no conocéis. Miralo bien. A las criaturas ya las conoces: las has sondeado hasta agotarlas, y al final has alcanzado el aburrimiento, porque nada hay nuevo bajo el sol. Pero a Él, después de tantos años mirándolo, después de tantas horas de oración, después de haber leído

7 de febrero

(Miércoles de la 5ª semana del Tiempo Ordinario) – San Ricardo

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 7, 14-23

impuras, es decir, sin lavarse las manos. (Pues los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos, restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y, al volver de la plaza, no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas).

Y los fariseos y los escribas le preguntaron:

«¿Por qué no caminan tus discípulos según las tradiciones de los mayores y comen el pan con manos impuras?». Él les contestó:

«Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito:

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos.” Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres».

Y añadió:

«Anuláis el mandamiento de Dios por mantener vuestra tradición. Moisés dijo: “Honra a tu padre y a tu madre” y “el que maldiga a su padre o a su madre es reo de muerte”. Pero vosotros decís: “Si uno le dice a su padre o a la madre: los bienes con que podría ayudarte son ‘corbán’, es decir, ofrenda sagrada”, ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con esa tradición que os transmitís; y hacéis otras muchas cosas semejantes».

Como Dios quiere ser amado

Los fariseos eran el ejemplo vivo de que, en nombre de la religión, uno puede hacer cualquier cosa, con tal de que haya encontrado una interpretación acomodada de la Biblia:

Moisés dijo: «Honra a tu padre y a tu madre» y «el que maldiga a su padre o a su madre es reo de muerte». Pero vosotros decís: «Si uno le dice al padre o a la madre: los bienes con que podría ayudarte son “corbán”, es decir, ofrenda sagrada», ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre.

Los padres de este fariseo, viendo cómo ellos se arruinaban mientras el

templo se enriquecía gracias al celo de su hijito, pensarían: «Ojalá este niño fuera menos religioso». Y con razón.

Ya lo ves: no es difícil acomodar la Biblia a nuestro capricho y pasar por piadosos mientras hacemos lo que nos da la gana. Pero si queremos ser santos, debemos buscar, en la Escritura, la voluntad de Dios. Y Dios quiere ser amado a través del prójimo. Amar a Dios «en directo» es muy cómodo, podrías hasta tener éxtasis. Pero amarlo como quiere ser amado, a través del prójimo, puede conllevar el martirio. No lo esquives.

En aquel tiempo, llamó. Jesús de nuevo a la gente y les dijo: «Escuchad y entended todos: nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre». Cuando dejó a la gente y entró en casa, le pidieron sus discípulos que les explicara la parábola.

Él les dijo:

«¿También vosotros seguís sin entender? ¿No comprendéis? Nada que entre de fuera puede hacer impuro al hombre, porque no entra en el corazón sino en el vientre y se echa en la letrina». (Con esto declaraba puros todos los alimentos).

Y siguió:

«Lo que sale de dentro, eso sí hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro».

El verdadero interior del hombre

El interior de un hombre no son sus tripas. Tampoco sus sentimientos. Eso no es sino el fondo de la corteza. El verdadero interior del hombre es su alma, ubicada en un lugar mucho más profundo. No; no somos lo que comemos, ni somos, tampoco, lo que sentimos. Somos lo que amamos, y el verdadero amor nace y se recibe en lo más profundo de la persona, allí donde brota la decisión de entregar la vida.

Nada que entre de fuera puede hacer impuro al hombre. Estas palabras del Señor se aplican a todo lo que impacta desde fuera en el ser

humano. Ni los latigazos, ni los clavos herrumbrosos con que lo atravesaron, ni los repugnantes salivazos con que lo ultrajaron pudieron ensuciar el corazón de Cristo.

Lo que puedan pensar o decir de mí, lo enfermo o lo sano que esté, el sufrimiento que padezca, el prestigio o la deshonra que acumule... nada de eso me hace impuro ni me lleva al Infierno. Sólo el pecado me ensucia y me condena. Y contra él debo luchar con todas mis fuerzas. Sólo la gracia y el Amor de Cristo me purifican. Y debo anhelarlos como nada en este mundo.

te humillas hasta la Cruz.

Por eso lo adoró la Virgen junto al Leño. Ella aparece cuando los demás se espantan, ella es María Dolores. Y, a

la vez que comparte los padecimientos de su Hijo, lo adora como Dios. Por eso le pediremos que nos conceda acompañarla hasta el Calvario.

23 de marzo

(Sábado de la 5ª semana de Cuaresma) – Santo Toribio

Lectura del santo Evangelio según san Juan 11, 45-57

En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron:

«¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación». Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo:

«Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera».

Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos.

Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos.

Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban:

«¿Qué os parece? ¿Vendrá a la fiesta?»

Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba le avisara para prenderlo.

Te está llamando el buen Pastor desde la Cruz

Dos mil años acompañados por el Crucifijo, y muchos, aún, no han entendido nada. Lo miran, y se les queda la mirada en el dolor. Les duele la cabeza,

y piensan: «Es una cruz que me manda el Señor». Como si Dios, desde el cielo, se entretuviese lanzando enfermedades a sus hijos. Qué visión tan pobre.

Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. El buen Pastor sigue convocando, una por una, a sus ovejas. El Señor te está llamando desde la Cruz. Y no te llama al dolor; el dolor ya lo tienes puesto, te lo han traído la vida y el pecado de los hombres. Te llama a la entrega, a la Vida –con mayúscula–, al Amor, y a

santificar ese dolor hasta volverlo dulce. La Cruz no es una invitación al sufrimiento, porque Dios odia la muerte y el sufrimiento. La Cruz vuelve dulce el sufrimiento porque es puerta amorosa del cielo. La llamada con que, desde allí, te convoca el buen Pastor, es ésta: «No sufras solo; no mueras solo. Sufre conmigo, muere conmigo, resucita conmigo». Bendito dolor, bendita muerte.

24 de marzo

(Domingo de Ramos –Ciclo B–)

Lectura del santo Evangelio según san Marcos 11,1-10

Cuando se acercaban a Jerusalén, por Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, mandó a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente y, en cuanto entréis, encontraréis un pollino atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, contestadle: “El Señor lo necesita, y lo devolverá pronto”». Fueron y encontraron el pollino en la calle atado a una puerta; y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron: «¿Qué hacéis desatando el pollino?». Ellos les contestaron como había dicho Jesús; y se lo permitieron.

Llevaron el pollino, le echaron encima los mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás, gritaban: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!»

Quien no estrena no tiene manos

Ni los discípulos ni los habitantes de Jerusalén tenían la menor idea de que aquella entrada de Jesús en la ciudad santa sería la última. ¿Cómo iban a saberlo? Creían ver una apoteosis, quizá soñaban con un futuro de poder y de riquezas, mientras contemplaban a los pobres y a los niños rendidos a los pies

el Maestro: *¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David!*

Pero Jesús sabía que era la última vez que entraba en Jerusalén durante su vida mortal; que aquellas voces pronto se convertirían en gritos de condena; y